

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**

**6**

**Ideario Cubano: I. – José Martí**



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**

**Dirigidos por**

**Emilio Roig de Leuchsenring**

**Historiador de la Ciudad de La Habana**

**6**

---

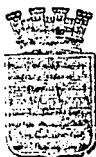
**IDEARIO CUBANO**

**I**

**JOSÉ MARTÍ**

**Recopilación y Prólogo  
de**

**Emilio Roig de Leuchsenring**



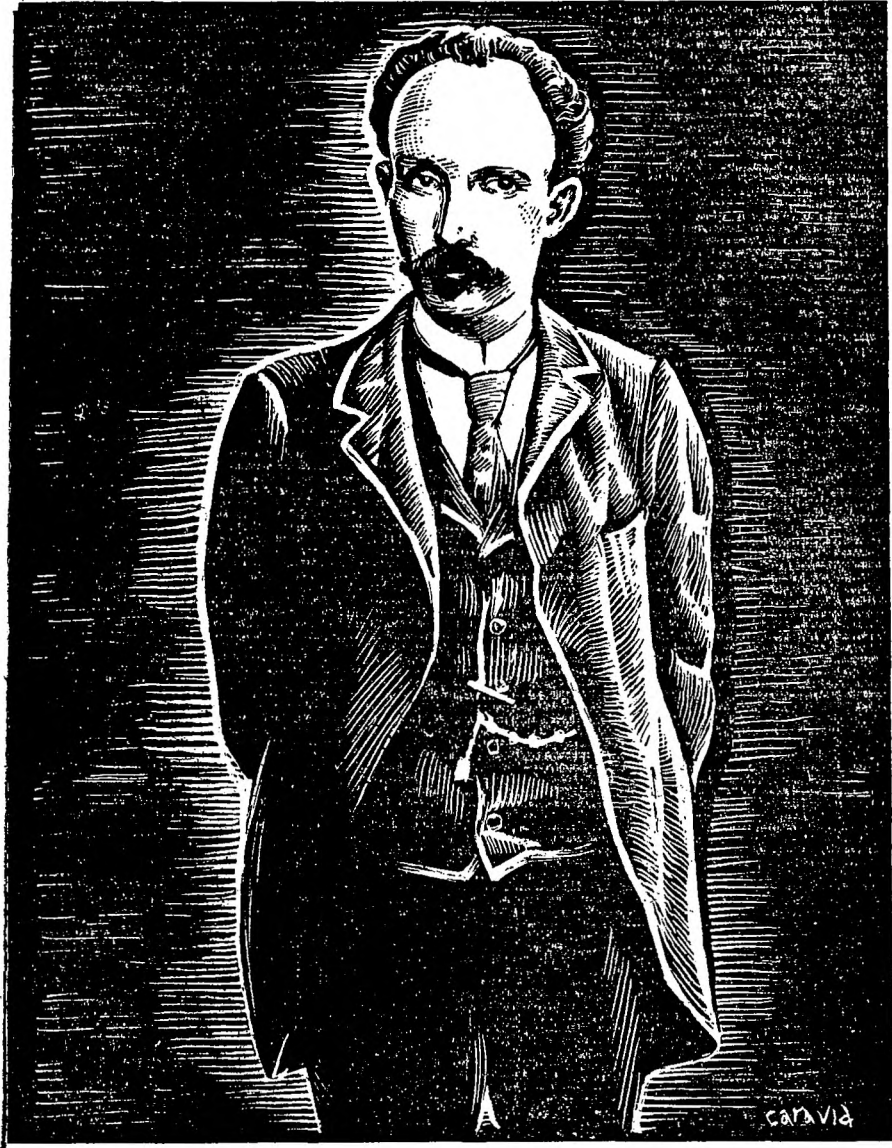
---

**MUNICIPIO DE LA HABANA**

**Administración del Alcalde**

**Dr. Antonio Beruff Mendieta**

**1936**



MARTÍ

RETRATO POR CARAVIA

# Un Ideario Cubano de José Martí

Por Emilio Roig de Leuchsenring

*Desde que iniciamos la publicación de estos Cuadernos de Historia Habanera—los cuales han merecido del actual alcalde, Dr. Antonio Beruff Mendieta, cálida acogida y entusiasta protección, reveladoras de su interés por nuestro progreso educativo y cultural—tuvimos el propósito de ofrecer en ellos selecciones de lo más valioso y representativo de aquellos cubanos eminentes que han sido orientadores de nuestro pueblo, de manera que la presente generación encontrase en esas selecciones un verdadero, completo y admirable Ideario Cubano que le sirviese de programa a seguir para el mejor desenvolvimiento de nuestra vida republicana, guiada por los consejos, enseñanzas, doctrinas y admoniciones que en sus obras nos han dejado esos patricios esclarecidos.*

*¿Y con quién mejor que con el más ilustre de los habaneros de todos los tiempos—José Martí—podíamos inaugurar la nueva serie que con el título especial de Ideario Cubano avolarará aún más los Cuadernos de Historia Habanera?*

*Y nunca más oportuna la aparición de este Ideario Cubano de José Martí que en estos momentos en que, después de cruenta dictadura y accidentado período de gobiernos provisionales, trata la República de reanudar y consolidar su vida constitucional.*

*Aunque parezca extraño, no son muchas las selecciones que existen de Martí. Las más amplias de ellas, publicadas fuera de Cuba, se encuentran completamente agotadas: Flor y Lava, con prólogo de Américo Lugo, que editó en 1909 la Librería Paul Ollendorff de París; y Páginas Escogidas, con introducción de Max Henríquez Ureña, edición de la Casa Editorial Garnier Hermano, de París, en 1919. En 1935 apareció, con el título de América, otra importante selección realizada por Mariano Brull y publicada bajo*

*los auspicios del Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones, en la que, traducida al francés por Francis de Miomandre, se lleva al conocimiento europeo—internacional—la obra de Martí en su aspecto americanista.*

*En Cuba, aparte de las selecciones de pensamientos, solo podemos citar dos breves compilaciones de trabajos de Martí llevadas a cabo en sendos Cuadernos de Cultura, de la Secretaría de Educación: Educación y Hombres de Cuba, editadas en 1935 y 1936, respectivamente.*

*Debemos, por último, mencionar el proyecto, no cuajado aún, que desde hace algunos años acariciamos, de una Biblioteca Mínima Cubana, en diez volúmenes, en la que uno de ellos estaría dedicado exclusivamente a Martí, y presentaría una selecta y escrupulosa compilación de aquellos trabajos que mejor revelen y determinen, en todos sus múltiples matices, la extraordinaria personalidad del gran cubano.*

*La presente selección—la más amplia publicada en Cuba hasta ahora—de acuerdo con las características y extensiones que han de inspirar nuestro Ideario Cubano, comprenderá, precisamente, lo para nosotros más extraordinario y trascendental de la obra de Martí: su pensamiento político-revolucionario, el Martí apóstol de las libertades cubanas y de las de los pueblos hispanoamericanos.*

*En efecto, no es Martí, solamente, el patriota, apóstol y revolucionario, que supo reunir los elementos dispersos de la guerra de los Diez Años y conquistar a nuevos elementos; que luchó, tenaz e incansablemente, para atraer y unir a los cubanos de todas las clases y condiciones sociales en la gran empresa de la emancipación de esta Isla, colonia esclavizada y explotada de la metrópoli española; no es sólo el hombre “en comunión con Dios y la naturaleza”, según la frase certera de Darío, todo desinterés, sacrificio, bondad; amor, que enseñó a combatir sin odiar; no es sólo el maravilloso orador, el prodigioso artífice de la prosa, el extraordinario maestro de la crítica literaria y artística, el poeta innovador y creador, tan sencillo como deslumbrante y personalísimo... No es solamente eso Martí. Es todo eso, y algo más, mucho más. Es, singularmente, como ya anticipamos, el libertador actual, en lo político, económico y social, de Cuba y de todos los pueblos de la que él llamó Nuestra América y Madre América, que con altísima visión de estadista genial supo descubrir, estudiar y comprender los múltiples y complicados problemas, entonces y para el futuro, de*

los países hispanoamericanos; que vió, con mirada de águila, los peligros de todo orden que para nuestros pueblos había de significar la expansión absorbente territorial, política y económica de los Estados Unidos a expensas de aquellos, y quiso, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, en el tiempo y en la forma como él las concibió, poner un valladar a esa expansión, para bien, no sólo de las Antillas y de Hispanoamérica, sino, también, de los propios Estados Unidos y del Orbe: “Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar”.

Y porque así lo pensó llevar a cabo, estudió profundamente, hasta conocerlos e identificarse con ellos, los problemas, la historia, las necesidades, las glorias y las desgracias de Cuba y de los pueblos de Nuestra América.

Esta concepción americanista de su obra político-revolucionaria cubana es tan cierta y clara que resulta imposible encontrar trabajos referentes a Cuba en que no se hable también de los pueblos hispanoamericanos, y viceversa, de tal manera que sus estudios sobre problemas de estos países no puede dejar de conocerlos y tenerlos en cuenta el cubano que de veras quiera el progreso y engrandecimiento de su patria.

Muy difícil nos ha sido llevar a cabo esta selección de la obra de Martí para el presente Cuaderno del Ideario Cubano, porque es tanto, tanto, lo que Martí escribió en ese sentido y con las orientaciones enunciadas, que cuesta trabajo elegir y dá dolor desechar.

Forzados por las limitaciones de estos Cuadernos, aún habiendo dado al presente doble extensión de la acostumbrada, hemos tenido que excluir, después de haber hecho una primera y amplia selección, muchos trabajos de capital importancia; pero ello no quiere decir que en los que constituyen este volumen no se encuentre—como lo está—perfecta y claramente desarrollado el pensamiento político-revolucionario de Martí sobre Cuba y los cubanos, su concepto preciso de la República; de tal manera que quien desee conocer el alcance y la finalidad de la labor revolucionaria de Martí y la estructuración política, económica y social que pensó dar a esta Isla, una vez emancipada de España y convertida en República, encuentre en este Cuaderno de nuestro Ideario Cubano, la respuesta adecuada y justa, porque en los trabajos en él compilados está plasmada la verdadera República cubana de Martí.

Casi todos los trabajos aparecen transcritos íntegramente, a fin de que se puedan apreciar en su total desenvolvimiento las

*ideas y doctrinas de Martí; y en otros, muy pocos, sólo hemos suprimido los pasajes que se referían a personas, sucesos o particularidades no relacionados directamente con el tema principal.*

*Como la división por materias era imposible, dado que Martí, en todos sus trabajos, desarrolla diversas cuestiones, expresando sobre cada una de ellas su criterio originalísimo, hemos seguido el orden cronológico, indicando, sí, en breve sumario, después del título, los asuntos esenciales que en cada trabajo presenta y estudia el Apóstol.*

*Este Ideario Cubano es tanto más trascendentalmente valioso, cuanto que Martí fué, pese a los que traten de desconocerlo o negarlo, el taumatúrgico creador, organizador y propulsor de nuestra última guerra emancipadora, la revolución del 95. Interesa, pues, superlativamente, a los colonos transformados en ciudadanos, conocer el pensamiento político de Martí. Y aunque él no pudo asistir al desenvolvimiento, posterior a su muerte, de trascendentales transformaciones económico-sociales del mundo, que tan decisivamente han influido en la suerte de Cuba, no por ello resultan hoy anacrónicas o inútiles sus doctrinas y enseñanzas, porque Martí, con genial visión política, previó el advenimiento de esos fenómenos y trató de evitar, dentro de los recursos que su época le ofrecía, las consecuencias que aquellos tendrían para Cuba; previsiones que no fueron tenidas en cuenta por la Revolución, después de morir el Apóstol, ni por la República, como tampoco ha observado ésta otros muchos consejos y prédicas martianos de orden interior.*

*Así, en múltiples trabajos—y en todos los que aparecen en esta compilación—expuso Martí el más exacto y sorprendente programa político y económico que la República debía seguir, anunciando todos y cada uno de los peligros que la amenazaban, los males que podrían sobrevenirle y los abismos en que le era fácil caer, si a tiempo no se prevenían y evitaban aquéllos.*

*Claramente rechazó que la República cubana pudiera ser la perpetuación “con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, del espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia”, sino que esperaba fuera la constitución de “un pueblo nuevo y de sincera democracia”, de una patria “cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos*



*y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes”.*

Quiso también Martí que sus compatriotas supieran ser en todo momento, no un rebaño de parias y esclavos, sino un pueblo de verdaderos y conscientes ciudadanos, no aduladores serviles de otro hombre, por extraordinarias que se creyeran sus cualidades como gobernantes. Ni aduladores los gobernados, ni dictadores los gobernantes.

Y en el famoso Manifiesto de Montecristi, que escrito por Martí y por él firmado, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y por Máximo Gómez como General en jefe del Ejército Libertador, dieron ambos a la publicidad, al partir en marzo de 1895 para los campos de la revolución, los propósitos de ésta quedan definidos y precisados diáfananamente, al declararse: “No es la guerra insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo”. Y agrega: “Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables y de si propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía”.

Tan profunda y meditada es su concepción política de la república que trata de crear, que ya aparece perfectamente definida en la carta—una de las más trascendentales que escribiera Martí—dirigida desde Nueva York a Máximo Gómez en la remota fecha de 20 de octubre de 1884, casi ignorado entonces Martí por el veterano de Yara, y apenas conocido en su labor revolucionaria por un reducido grupo de cubanos exilados; carta reveladora de cómo en Martí, desde sus primeros trabajos en pro de la emancipación de su patria, no hay ni imprevisiones, ni improvisaciones, ni ligerezas, ni precipitaciones, sino que su obra libertadora es, desde sus comienzos, resultado de un plan y de un programa, concebidos y mantenidos en esa forma sólo por quien, como él, tiene una visión perfecta y clara de lo que se propone hacer y cómo y para qué se propone realizarlo. No es un agitador más, sino ya el estadista de su pueblo y de todo el Continente. Para Martí hay una manera, única, de servir a la patria: desinteresadamente. Y no debe buscarse el provecho personal sino el del pueblo. Y no admite que la

*revolución pueda ser considerada como propiedad exclusiva de jefe alguno porque “la patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”, de modo tal que la república no resulte esclavizada por la preponderancia y autoridad desmedida de una clase social, de una agrupación militar o civil, de una comarca determinada o de una raza sobre otra.*

*Convencido de que la independencia económica es la base esencial de la soberanía política, advierte a los cubanos los peligros que pueden envolver las alianzas comerciales con pueblos grandes, fuertes y poderosos, mucho más si son vecinos de los pueblos menores, así como señala el mortal error que para un pueblo significa el vender a un solo pueblo, porque: “Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno... Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él... El pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios”.*

*Aunque es muy difícil, si no imposible, por la riqueza inagotable que todos sus trabajos encierran, señalar, valorizándolo, éste o aquél, hemos considerado siempre su estudio sobre la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, de 1891, del que extractamos los anteriores conceptos, como uno de los más singularmente reveladores del estadista genial que hay en Martí. Los consejos y las enseñanzas que esas páginas admirables ofrecen a los cubanos son siempre actuales y constituyen el más completo y sintético programa de gobierno y administración para nuestra República. Muchas de las ideas contenidas en ese trabajo aparecen expuestas por Martí en otros de épocas posteriores, y no faltan, como consejos y enseñanzas dirigidos de manera expresa a sus compatriotas, en el manifiesto que como Delegado del Partido Revolucionario, publicó en Patria el 27 de mayo de 1893, con el título El Partido Revolucionario a Cuba, ni en el ya mencionado Manifiesto de Montecristi, y también los encontramos en el primer trabajo que aparece en esta compilación: El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México.*

*No menos dignas de consideración y estudio que las ideas políticas y económicas, son las ideas de Martí sobre los problemas sociales. Gran demócrata, el último gran demócrata de su época,*

para él “patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer”; y a los hombres los considera hermanos, sin distinción de nacionalidades ni de razas.

Con los oprimidos hizo Martí causa común. Anticipándose al problema social que tan intensamente agita hoy al mundo, el más grave y trascendental y clave de todos los demás problemas de todas las naciones, Martí juzga que para consolidar la gran patria americana, de la América de Bolívar y suya, hay que contar con el campesino y el obrero, con el indio y el negro, en pocas palabras: con los pobres y los oprimidos de la tierra, y con ellos hacer causa común; y predicando, como siempre, con el ejemplo, fué a éstos, y no a los poderosos ni a los ricos, a los que buscó para realizar su obra revolucionario-emancipadora.

No admite discriminaciones raciales. En la imposibilidad de recoger en esta compilación los numerosos trabajos en que Martí reafirma su franco y abierto criterio anti racista, hemos elegido uno de ellos—Mi raza—en que de manera más clara y precisa aparecen expuestas sus ideas sobre este problema, tan hondo y vital para Cuba.

Si Martí fué maestro de hombres, como resplandece en todos sus trabajos políticos, necesariamente tenía que ser también maestro de niños. Y, efectivamente, ha dejado en numerosos artículos y estudios sus opiniones sobre problemas educativos. En las páginas de su revista para los niños La Edad de Oro, encontramos al maestro que hay en Martí. Maestro, en la más alta y más pura acepción de la palabra; maestro, que no sólo instruía a los niños en las múltiples ramas del saber humano, con claridad, sencillez y amenidad, despertando en ellos el interés por el estudio, sino que, además, y principalmente, se preocupaba de formar hombres y ciudadanos. “Formidable pedagogo instintivo” lo juzga con acierto la insigne poetisa uruguayana Juana de Ibarbourou. Efectivamente, la vocación de Martí por la enseñanza lo llevó en distintas épocas de su vida a ofrecer para niños y hombres conferencias educativas y lecciones sobre diversas materias, en especial de literatura e historia, en logias masónicas, en sociedades benéficas y culturales, como La Liga, de New York, en centros obreros. Y muchos de los trabajos por él publicados en la revista La América, editada en New York de 1882 a 1884, y que él dirigió en sus últimos tiempos, constituyen ejemplares estudios en los que desenvuelve sus ideas sobre educación. De esos trabajos hemos seleccionado tres para este Idea-

rio. Consciente Martí de que uno de los fundamentos de su gran obra de la libertad e independencia de Cuba y Puerto Rico, emancipación económica y política de todo el Continente y equilibrio del mundo, era la educación de nuestros pueblos, lanzó desde la tribuna y la prensa sus prédicas sobre estos problemas; prédicas, desde luego, como toda su obra, revolucionarias y de inmediato y total provecho para las clases populares. Así, combatió el formulismo imperante en su época, la enseñanza humanista y la inútil y falsa erudición, preconizando la necesidad de que los maestros fueran hasta el pueblo como misioneros, y en lenguaje sencillo y comprensible lo instruyeran con lecciones que el pueblo pudiese aprovechar para mejor desenvolverse en la lucha por la vida. Ese artículo titulado Maestros Ambulantes, es todo un programa de escuelas rurales y de maestros misioneros, “maestros de guajiros”, que dieran a hombres, a mujeres y a niños de los campos, “con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo”. Vió y recomendó la urgencia de utilizar instrumentos modernos en la agricultura y de aplicar los sistemas nuevos, enviándose, al efecto, aprendices a las haciendas donde estuvieren aquellos en pleno ejercicio; e hizo resaltar las ventajas que el aprendizaje, en escuelas adecuadas, de un arte o un oficio, proporciona al individuo y a la nación. En estos sentidos fué precursor, ya desde 1884, de las escuelas y los maestros ambulantes, última palabra de la pedagogía contemporánea, que tan admirables resultados han producido en Rusia y en México y que en Cuba están aún por implantarse; escuelas y maestros ambulantes que Martí señaló, antes que otro alguno, como remedios supremos para aliviar la ignorancia de los campesinos, a quienes él califica de “lo mejor de la masa nacional”. Se pronunció también Martí contra la aplicación en tierras de América de sistemas educativos exóticos e inadaptables a nuestros pueblos, e indicó el peligro de educar a los niños fuera de su patria y principalmente en países de lengua, cultura y civilización diversas, de carácter opuesto y de riqueza superior.

Fuó Martí maestro de niños y maestro de hombres; maestro —como ha dicho Enrique José Varona— “que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral”.

No podía faltar en los trabajos de Martí—ni nosotros dejar de incluirlo en esta compilación—su enjuiciamiento del hombre pú-

blico, del político y del gobernante. Y en las crónicas escritas desde New York para La Nación, de Buenos Aires, sobre El Presidente Arthur y Roscoe Conkling, estudia, en las figuras de esos dos personajes de la vida pública norteamericana, la psicología de políticos y gobernantes, las interioridades e intrigas de la política y el vaho venenoso, sólo resistible por las cabezas fuertes, que es el poder, porque “el espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este gozo, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él”. Como es natural en Martí, tras de la crítica, expone su concepto de la política, de gobernantes y políticos y nos da una doble lección, al mostrarnos lo que aquélla y éstos son en el grande y vecino pueblo sajón y al indicarnos lo que aquélla y éstos deben ser en nuestro pueblo.

Luchador sin odio, según la feliz expresión de Gabriela Mistral, no se encuentra en ningún trabajo de Martí frase alguna de rencor u hostilidad contra el pueblo español, ni aún contra los españoles de Cuba; porque no ve en aquél, sino en el Estado español, el culpable de los males de su patria, de cuyo Estado juzga víctima también al propio pueblo de la Península; y abogó por que la República cubana acogiese a los españoles que en ella quisieran vivir y trabajar en consorcio con los cubanos, siempre, desde luego, que no obstaculizacen el programa y los ideales revolucionarios ni pretendiesen seguir ejerciendo el predominio y la explotación, en perjuicio de los cubanos, de que gozaron y abusaron durante la colonia.

Pero conviene decirlo en seguida: la admiración que Martí siente por España y el cariño que exterioriza hacia los españoles no significan rectificación en sus propósitos e ideales emancipadores, sino que, por el contrario, de su estancia en España, de su cabal conocimiento de los hombres, instituciones y costumbres de la Península, Martí confirma y ratifica sus orientaciones revolucionarias y la necesidad imprescindible que Cuba tenía, para ser próspera y feliz, para alcanzar libertad y justicia, de romper los lazos que la esclavizaban a la metrópoli y separarse de ella, arraigándose también firmemente en el convencimiento, que hechos posteriores a la muerte de Martí confirmaron, de que Cuba, del Estado español, de los gobiernos españoles, no alcanzaría jamás ni libertad, ni justicia, ni prosperidad; todo ello según claramente aparece expresado en sus trabajos El Partido Revolucionario a Cuba, de 1893 y El Partido Revolucionario Cubano a Cuba, de 1895.

*La situación especialísima, geográfica y económica, de Cuba y el carácter internacionalista que dió Martí a sus empeños político-revolucionarios, le llevaron forzosamente a estudiar con atención y profundidad singulares la línea de conducta que Cuba debía seguir en los problemas de carácter internacional, y especialmente interamericano, no sólo después de constituida la República, sino también durante la lucha armada que a la República debía conducir.*

*Y este estudio de la política internacional e interamericana que a Cuba convenía seguir, lo lleva a cabo Martí, en numerosos y fundamentales trabajos, con pleno conocimiento de los problemas que desenvuelve, por haber vivido Martí en varias de las repúblicas hispanoamericanas y en los Estados Unidos. Quiere que Cuba nazca a la vida libre sin la ayuda y el apoyo del Estado norteamericano, aunque jamás pretendió que Cuba fuera enemiga de los Estados Unidos, sino que por el contrario predicó la necesidad de merecer, solicitar y obtener las simpatías de su pueblo; amistad que no debía significar, ni para Cuba ni para los demás pueblos de nuestra América, sometimiento, ni vasallaje, ni dependencia, ni en la esfera política ni en la económica; y se pronunció, desde luego, contra todos los proyectos o tendencias de carácter anexionista, ya de procedencia cubana, ya de origen norteamericano.*

*Sintiéndose hijo de la que él llamaba Madre América, vierte en incontables páginas el cariño intenso que siente por todas y cada una de las patrias hispanoamericanas, que para él eran como una sola patria. En su admirable trabajo Nuestra América, todo un programa de americanismo, que Martí publicó en 1891, estudia, como pocos han sabido estudiarlos, los males que padece nuestra América, descubre sus causas y señala los remedios, revelando al hacerlo su corazón de hijo amoroso y comprensible de la gran patria hispanoamericana.*

*Es ese amor intenso, tan grande como desinteresado, que Martí siente por la América nuestra, el que le hace ser comprensible de sus defectos y sus necesidades, no buscando en los primeros motivos de desprecio ni convirtiendo las segundas en fuentes de explotación. Dándose cuenta perfecta de la vitalidad asombrosa que la América encierra, de las virtudes y defectos de sus hijos, de las dificultades de todo orden que en su desenvolvimiento han encontrado nuestros pueblos y de lo poco comprendidos que son, afirma:*

*“de factores tan descompuestos, jamás en menos tiempo histórico se han creado naciones tan adelantadas y compactas”. Conocer los distintos elementos que componen cada pueblo, las fuentes de riqueza y producción naturales de cada país, el carácter y las necesidades materiales y espirituales de sus hijos, piensa Martí, y piensa bien, es lo primero que se necesita para gobernar nuestras repúblicas, y después, no querer gobernarlas con leyes, constituciones y sistemas de otros países totalmente distintos. Es necesario, también, contar con los elementos nativos y con ellos crear cada nacionalidad. Por no hacerlo así, o por desdeñarlos o explotarlos, ha padecido y padece Hispanoamérica, tiranías, despotismos y dictaduras. Para gobernar, proclama, hay que aprender tal función política, y el arte de gobierno requiere el conocer los factores reales del país, decir la verdad bien alto, de vicios y defectos, no ocultarlos hipócritamente envueltos en un manto de falso e interesado patriotismo. Amar, comprender, criticar, crear, con ello piensa Martí, como lo pensaba Rivadavia, que “estos países se salvarán”. Así lo vé y lo aconseja Martí en ese luminoso estudio Nuestra América.*

*Y debemos, por último, llamar la atención a los lectores de este Ideario sobre lo que, según hemos indicado ya, constituye para nosotros el aspecto más trascendental de toda la obra político-revolucionaria de José Martí: el carácter internacionalista que esta obra tiene, empeño singularísimo que transforma a Martí de libertador de Cuba, en libertador de toda la América hispana, en estadista genial de nuestro Continente. Y esa extraordinaria labor internacionalista que Martí se propone llevar a cabo al organizar la revolución de 1895 por la libertad de Cuba y Puerto Rico, aclara, explica y justifica muchos puntos, al parecer oscuros, de sus trabajos y de su actuación.*

*Así vemos cumplidamente demostrado que no es sentimentalismo hispanoamericanista o antillano el que le mueve a propiciar conjuntamente con la independencia de Cuba la de Puerto Rico, sino necesidad imperiosa para el desarrollo de su genial programa político, que entre otros muchos trabajos queda diáfano y explicado en los artículos Otro Cuerpo de Consejo, El Alma de la Revolución y el deber de Cuba en América, y en sus cartas—su testamento político—a Federico Henríquez y Carvajal, de 25 de marzo de 1895, y a Manuel Mercado, de 18 de mayo—la víspera de su muerte—, incluídos unos y otras en este Ideario.*

*Y para que quede palmariamente comprobado que en Martí no hay discrepancia alguna entre el político-revolucionario y el hombre, encontrará el lector en este Ideario dos cartas de orden privado. Una, a Rafael Serra, su hermano negro, “coraza contra toda maldad, flor de toda ternura, y hermano mío”, a quien aconseja: “No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar”, palabras que al gran repúblico español, Francisco Pi y Margall, impresionaron profundamente y “arrojaron nueva luz sobre la figura de ese hombre, a quien mal comprendían ni aun comprenden del todo”. Y otra, la que dirigió a su madre, desde Montecristi, el 25 de marzo de 1895, “en vísperas de un largo viaje”, del viaje hacia la eternidad y la gloria, pidiéndole su bendición, y la que contiene esta frase que para Miguel de Unamuno es “una de las más grandes y más poéticas oraciones—en ambos sentidos del término oración—que se puede leer en español”: “Y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza”.*



# **El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México.**

**1883.**

(Tratados comerciales.—Relaciones económicas con los E. U.—Peligros del monocultivo.—Necesidad de buscar en las causas históricas fundamentales la explicación de los sucesos).

No ha habido en estos últimos años—si se descuenta de ellos el problema reciente que trae a debate la apertura del istmo de Panamá—acontecimiento de gravedad mayor para los pueblos de nuestra América latina que el tratado comercial que se proyecta entre los Estados Unidos y México. No concierne sólo a México, cuyos adelantos, de fuerza propia y empuje indígena, despiertan simpatía vehemente en cuantos, por ser de pueblos de América, ven con orgullo fraternal la inteligencia exuberante, investigadora e impaciente de sus hijos, y la prisa con que—acallados ya los naturales hervores de pueblo primerizo, criado a pechos duros de madre preocupada,—se dan los naturales de la tierra a utilizar y multiplicar las excelencias pasmosas de su suelo. El tratado concierne a todos los pueblos de la América latina que comercian con los Estados Unidos. No es el tratado en sí lo que atrae a tal grado la atención; es lo que viene tras él. Y no hablemos aquí de riesgos de orden político; a veces, el patriotismo es la locura; otras veces, como en México ahora, es más aún que la prudencia: es la cautela. Hablamos de lo único que nos cumple, movidos como estamos del deseo de ir poniendo en claro todo lo que a nuestros pueblos interese: hablamos de riesgos económicos. Apuntarlos será bastante, puesto que el tratado comercial con México no está más que apuntado todavía. Acaba de ser revelado al

público, cuya curiosidad atizaban principalmente, por medio de diarios poderosos, los productores de azúcares, que se creen directamente amenazados por el proyecto. El Senado ha decidido la publicación del documento, que está en camino de ser ley, luego que lo aprueben, después de escrupulosa discusión, ambas naciones.

\* \* \* \* \*

Tal es la inmediata consecuencia y las ventajas que acarrea el tratado a ambos países. A México, los medios de producir mañana con exuberancia frutos de que los Estados Unidos son un considerable consumidor; a los Estados Unidos, la colocación, desde el primer instante, en condiciones ventajosas, de un exceso de riqueza que coloca hoy desventajosamente, el descargo en un mercado forzoso de sus industrias embarazadas por la sobra de productos no colocables y la posibilidad de alzar ciudades, sin más autorización ni traba que las que les otorga el tratado, en un pueblo vecino.

En cuanto a los demás países de la América, que, por su penosa condición los unos—¡los más interesados acaso!—y los otros por ese desvío fatal, falta de intercomunicación y baltasárica pereza en que viven, no parecen haberse dado aún cuenta de este importante proyecto, no hay uno acaso que no hubiera a la larga de sentir en sí sus resultados. Cuba vive exclusivamente—dejando por un momento a un lado su tabaco, el que no cuida como debe—, de los azúcares que envía, por mar y con derechos graves de exportación e importación, a los Estados Unidos. Bien se sabe cómo crea maravillas, con su soplo de fuego, la vida moderna; tabaco, no parece que pueda producirlo México tan bueno como Cuba; pero azúcar sí puede producirlo tan bueno. Con ferrocarriles, ya en construcción, que vayan, sin demora ni estorbo en la frontera, del centro de los territorios azucareros al centro de los mercados americanos; con la creación subsiguiente e inevitable de ingenios poderosos, estimulados por la baratura de la maquinaria, la fertilidad de la tierra y la facilidad de la colocación del fruto, producirá México dentro de algunos años cantidad extraordinaria de azúcar, a cuya entrada en los Estados Unidos se opondrán en vano los cultivadores de Louisiana y Estados análogos, porque la mayor suma de varios intereses que aprovecharán grandemente, por cierto tiempo, del comercio libre con México, ahogarán los clamores

de la suma menor de interesados en el mantenimiento de una sola producción. ¿Cómo podrán entonces, en época que todos los datos ya hoy visibles, y producibles de ellos, hacen parecer no lejana, competir los azúcares de Cuba, que irán por mar y con derechos a su salida y llegada a los Estados Unidos, con azúcar de igual clase de México, que irá por ferrocarril, sin derechos probables de salida y sin derechos de entrada? Ni ¿cómo competirían, aun con igualdad de derechos? Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto. México se salvará siempre, porque los cultiva todos. Y en las comarcas donde se dan de preferencia al cultivo de uno, de la caña o del café, se sufre siempre más, y más frecuentemente, que en comarcas donde con la variedad de frutos hay un provecho, menor en ocasiones, pero derivado de varias fuentes, equilibrado y constante.

Como México produce todo lo que los demás Estados de Centroamérica y de la América del Sur, y tiene aún territorio inmenso donde extender sus múltiples productos, y va a recibir ahora superabundancia de medios de producir de que continuarán careciendo los demás países americanos que le son análogos en producciones, aun sin contar con la rebaja especial de derechos que conceden los Estados Unidos a México, y por más que se tuviera en cuenta la posibilidad, que no llega a ser probabilidad, de que celebrasen los Estados Unidos con los demás países de la América tratados semejantes al de México, resultaría siempre que en la competencia de frutos iguales por llegar a un mercado común llevaría la ventaja, por precios de flete, frescura del fruto y oportunidad del arribo, al país más cercano.

Tales apuntes nos sugiere hoy la lectura del proyecto. Con la costumbre, no descaminada a veces, de buscar causas ruines a los propósitos de apariencia y objeto más loable—han dicho periódicos de los Estados Unidos de tanta valía como el *Sun*, de New-York, y otros de no menor influencia en Wáshington, que como el tratado dejaría sin rentas al Gobierno de México, que deriva hoy casi todas las suyas de los derechos de Aduanas—, se vería el Gobierno en la necesidad de suspender el pago a poco de las subvenciones con que auxilia la construcción de determinadas líneas férreas de empresarios norteamericanos; éstas, privadas de la subvención, quedarían forzadas a interrumpir y a abandonar, acaso, sus trabajos; y entonces, sobre sus ruinas, continuaría construyen-

do los ferrocarriles mexicanos la poderosa Compañía no subvencionada, nutrida por los magnates ferrocarrileros de los Estados Unidos, con cuyos intereses está íntimamente ligado el general Grant, coautor, si no en la letra, en el espíritu del proyecto. Pero a este rumor, a pesar de su apariencia racional, no ha de adscribirse este proyecto de tratado, de tal alcance, de tan profunda transcendencia, de tanta monta para todos nuestros países. Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso.

Invitamos a reflexionar sobre el tratado.

*La América*, New York, marzo, 1883.

# A aprender en las Haciendas.

1883.

(Agricultura.—Urgencia de utilizar instrumentos modernos y aplicar los sistemas nuevos, enviándose, al efecto, aprendices a las haciendas donde estén aquellos en pleno ejercicio.—Educación.—Peligro de educar a los niños fuera de su patria).

Nuestras tierras feracísimas, ricas en todo género de cultivos, dan poco fruto y menos de lo que debían por los sistemas rutinarios y añejos de arar, sembrar y recoger que aun privan en nuestros países y por el uso de instrumentos ruines.

Surge de esto una necesidad inmediata: hay que introducir en nuestras tierras los instrumentos nuevos; hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos.

¿Qué valla quedará en pie, qué competencia no será vencida, qué rivales mantendrán sus fueros cuando los instrumentos modernos, y las mejores prácticas ya en curso, fecunden las comarcas americanas? Buenos Aires sabe de esto, Buenos Aires que está sacando cada mes de estos puertos cuatro o seis buques cargados de instrumentos de agricultura.

Mas ni todos nuestros pueblos gozan de la misma próspera condición que el de la Plata, ni en todos es posible la introducción cuantiosa de los nuevos y, por el tiempo y labor que ahorran, generosos aperos de labrar; ni la mera introducción de ellos en tierras no preparadas para recibirlos y hacerlos útiles, basta a cambiar como por magia, el estado rudimentario de nuestros cultivos.

Ni se tienen en todas partes los capitales importantes que la compra de nuevos aprestos de cultivo necesitan, ni es suficiente que se entren por las tierras los instrumentos si no entra con ellos

quien las maneje y acondicione el suelo para aprovecharlos; ni aun con los especiales halagos que las Exposiciones brindan, se atreven siempre los fabricantes de ellos a enviar sus productos a pueblos donde temen que la venta no compense los costos del envío.

Si los instrumentos no van, pues, es preciso venir a buscarlos.

Pero ya lo dijimos: aun cuando los instrumentos vayan, no van con ellos las nuevas prácticas agrícolas que los hacen fecundos. Esto no se aprende o se aprende mal, en libros. Esto no puede exhibirse en las Exposiciones. Esto, sólo en parte, y con grandísimo dispendio, podría enseñarse en las Escuelas de Agricultura. Hay que venir a aprender esto donde está en pleno ejercicio y curso práctico. Se manda—locamente acaso—a los niños hispano-americanos, a colegios de fama de esta tierra, a que truequen la lengua que saben mal por la extraña que nunca aprenden bien; y a que—en el conficto de la civilización infantil, pero delicada que viene con ellos—, y la civilización viril, pero brusca, peculiar y extraña que aquí les espera—salgan con la mente confusa y llena de recuerdos de lo que trajeron y reflejos imperfectos de lo nuevo que ven, inhábiles acaso ya para la vida espontánea, ardiente y exquisita de nuestros países, y todavía inhábiles para la rápida, arremolinada, arrebatada existencia de esta tierra. Los árboles de un clima no crecen en otro, sino raquíuticos, descoloridos, deformes y enfermos.

Pues así como se manda a los niños de Hispano-américa a aprender lo que en sus tierras, por elementales que sean, aprenderían mejor, con riesgo de perder aquel aroma de la tierra propia que da perpetuo encanto y natural y saludable atmósfera a la vida; así como se sirve en oficinas de comercio, a adquirir tras largos años un puñado de prácticas vulgares que caben en una cáscara de nuez, y que se aprenden de igual modo en la casa propia, sin perder lo que se pierde, siempre en la ajena, así sin tanto riesgo y con mayor provecho, deben enviar los Gobiernos a agricultores ya entendidos; y los padres, a los hijos, a quienes quieran hacer beneficio verdadero con enseñarle en el cultivo de la tierra la única fuente absolutamente honrada de riqueza; y los hacendados, a hombres capaces de llevar luego a sus haciendas las mejoras que en las de acá vean, a estudiar la agricultura nueva en los cultivos prósperos, a vivir durante la época de una a varias cosechas en las haciendas donde se siguen los sistemas recientes, a

adquirir en todos sus detalles, sin lo que no es fructífero, el conocimiento personal y directo de las ventajas de los métodos e instrumentos modernos.

Urge cultivar nuestras tierras del modo con que cultivan las suyas nuestros rivales.

Estos modos de cultivo no viajan.

Hay que venir a aprenderlos, puesto el ancho sombrero y la blusa holgada del labrador, al pie de las labranzas.

Es acaso el único medio fácil, fecundo y perfecto de importar en nuestros países las nuevas prácticas agrícolas.

Se mandan aprendices a los talleres de maquinaria, en lo que se hace bien: mándese, en lo que se hará mejor, aprendices a las haciendas.

*La América*, New York, agosto, 1883.

# Escuela de Artes y Oficios.

1883.

(Artes y oficios.—Ventajas que proporciona al individuo y a la nación el aprendizaje, en escuelas adecuadas, de un arte o un oficio).

Nicaragua acaba de festejar bien el aniversario de su independencia: en él abrió una Escuela de Artes y Oficios. Ya Guatemala tiene la suya. El Salvador, va a tenerla. Chile anda buscando modelos para una. La de Montevideo, da celos a las mismas de Europa.

Las Escuelas de Artes y Oficios ayudan a resolver el problema humano, que se establece ahora con datos nuevos, desde que van faltando aquellos árboles antiguos, Monarquía e Iglesia, bajo cuyas ramas tenían cómoda vida tantos hombres. Ya, ni cortesanos, ni frailes. Los tiempos están revueltos; los hombres están despiertos, y cada cual ha de labrarse con sus manos propias la silla en que se sienta al festín de la Fortuna. Ya no hay aquellas clases estables y hechas por donde se entraban las vidas como por cauces abiertos; ya no hay legiones de descalzos mendicantes; ni colmenares de pretendientes,—¡aunque de éstos aun hay!; ni regimientos de caballeros de matar, hurtar damas y servir; ni manadas de lacayos.

Ya cada hombre, al nacer, puede ver como flota sobre su cabeza una corona: a él, el ceñírsela. A los pueblos previsores, el poner los medios del coronamiento al alcance de estos nuevos ejércitos de reyes.

Un oficio o un arte, sobre traer al país donde se profesa el honor de la habilidad de los que en ellos sobresalen; sobre dar a los que los estudian conocimientos prácticos de utilidad especialísima en pueblos semi-descubiertos, casi vírgenes; sobre asegurar a



los que lo poseen, por ser constante el consumo de lo que producen una existencia holgada;—es sostén firmísimo, por cuanto afirma la independencia personal, de la dignidad pública.

La felicidad general de un púeblo descansa en la independencia individual de sus habitantes.

Una nación libre es el resultado de sus pobladores libres.

De hombres que no pueden vivir por sí, sino apegados a un caudillo que los favorece, usa y mal usa, no se hacen pueblos respetables y duraderos.

Quien quiera nación viva, ayude a establecer las cosas de su patria de manera que cada hombre pueda labrarse en un trabajo activo y aplicable una situación personal independiente.

Que cada hombre aprenda a hacer algo de lo que necesiten los demás.

*La América*, New York, noviembre, 1883.

# Maestros Ambulantes.

1884.

(Educación.—Agricultura.—La escuela ambulante, remedio supremo para aliviar la ignorancia campesina, pero enseñando los maestros misioneros, ciencia práctica, y también bondad y ternura.—Los campesinos: la mejor masa nacional).

“¿Pero cómo establecería usted ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y usted aconseja en uno de los números de *La América*, del año pasado que tengo a la vista?” Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en la de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la Libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la vida.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partírlos con los demás, y sólo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera, un insecto.

Los hombres, crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Sólo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, sólo en esas se encuentra sabor. Es leyenda de tierras de Hispano-américa que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo, por lo que cuando apuran una, dicen: "¡Hasta verte, Cristo mío!" Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios, ni miedo como los obreros. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región sólo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no su-

pieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No sólo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar su trabajo para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del Africa, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras días tras días de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob: ¡qué hermosas poesías tiene la Biblia! Si acurrucado en una cumbre se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie,

como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturridos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. ¡El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesan llegar, de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuando vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarle lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y esta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés;—que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ella, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruída que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y obser-

vando donde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen éstas y demostraran aquellos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones; como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres, regó toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

*La América*, New York, mayo, 1884.



# **Carta al General Máximo Gómez.**

**1884.**

(Política.—Gobierno.—Contra todo régimen de despotismo personal o caudillesmo militar.—Única manera de servir a la patria.—Sólo en manos del pueblo deben estar las libertades públicas).

New York, octubre 20 de 1884.

Señor General Máximo Gómez.

New York.

Distinguido General y amigo:

Salí en la mañana del sábado de la casa de Vd. con una impresión tan penosa, que he querido dejarla reposar dos días, para que la resolución, que ella, unida a otras anteriores, me inspirase, no fuera resultado de una ofuscación pasajera, o excesivo celo en la defensa de cosas que no quisiera ver yo jamás atacadas,—sino obra de meditación madura:—¡qué pena me da tener que decir estas cosas a un hombre a quien creo sincero y bueno, y en quien existen cualidades notables para llegar a ser verdaderamente grande! Pero hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que Vd. pueda inspirarme, y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo.

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención, bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presentan a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General? ¿los servidores heroicos y modestos de una idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después en él? ¿La fama que ganaron ustedes en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra? Si la guerra es posible, y los nobles y legítimos prestigios que vienen de ella, es porque antes existe, trabajado con mucho dolor, el espíritu que la reclama y hace necesaria: y a ese espíritu hay que atender, y a ese espíritu hay que mostrar, en todo acto público y privado, el más profundo respeto,—porque tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida. El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente.

Ya lo veo a Vd. afigido, porque entiendo que Vd. procede de buena fe en todo lo que emprende, y cree de veras, que lo que hace, como que se siente inspirado de un motivo puro, es el único modo bueno de hacer que hay en sus empresas. Pero con la mayor sinceridad se pueden cometer los más grandes errores; y es preciso que, a despecho de toda consideración de orden secundario, la verdad adusta, que no debe conocer amigos, salga al paso de todo lo que considere un peligro, y ponga en su puesto las cosas graves, antes de que lleven ya un camino tan adelantado que no tengan remedio. Domine Vd., General, esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arran-



que de Vd. y una curiosa conversación que provocó a propósito de él el General Maceo, en la que quiso,—¡locura mayor!—darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Vd., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. No: no, por Dios! :—¿pretender sofocar el pensamiento, aún antes de verse, como se verán ustedes mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie: y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia.

A una guerra, emprendida en obediencia a los mandatos del país, en consulta con los representantes de sus intereses, en unión con la mayor cantidad de elementos amigos que pueda lograrse; a una guerra así, que venía yo creyendo—porque así se la pinté en una carta mía de hace tres años que tuvo de Vd. hermosa respuesta,—que era la que Vd. ahora se ofrecía a dirigir;—a una guerra así el alma entera he dado, porque ella salvará a mi pueblo;—pero a lo que en aquella conversación se me dió a entender, a una aventura personal, emprendida hábilmente en una hora oportuna, en que los propósitos particulares de los caudillos pueden confundirse con las ideas gloriosas que los hacen posibles; a una campaña emprendida como una empresa privada, sin mostrar más respeto al espíritu patriótico que la permite, que aquel indispensable, aunque muy sumiso a veces, que la astucia aconseja, para atraerse las personas o los elementos que puedan ser de utilidad en un sentido u otro; a una carrera de armas por más que fuese brillante y grandiosa; y haya de ser coronada por el éxito, y sea personalmente honrado el que la capitaneé;—a una campaña que no dé desde su primer acto vivo, desde sus primeros movimientos de preparación, muestra de que se la intenta como un servicio al país, y no como una invasión despótica;—a una tentativa armada que no vaya pública, declarada, sincera y únicamente movida, del propósito de poner a su remate en manos del país, agradecido de antemano a sus servidores, las libertades públicas; a una guerra de baja raíz y temibles fines, cualesquiera que sean su magnitud y condiciones de éxito—y no se me oculta que tendría hoy muchas—no prestaré yo jamás mi apoyo—valga mi apoyo lo que valga,—y yo sé que él, que viene de una decisión indo-

mable de ser absolutamente honrado, vale por ese oro puro,—yo no se lo prestaré jamás.

¿Cómo, General, emprender misiones, atraerme afectos, aprovechar los que ya tengo, convencer a hombres eminentes, deshelar voluntades, con estos miedos y dudas en el alma? Desisto, pues, de todos los trabajos activos que había comenzado a echar sobre mis hombros.

Y no me tenga a mal, General, que le haya escrito estas razones. Lo tengo por hombre noble, y merece usted que se le haga pensar. Muy grande puede llegar a ser Vd.—y puede no llegar a serlo. Respetar a un pueblo que nos ama y espera de nosotros, es la mayor grandeza. Servirse de sus dolores y entusiasmos en provecho propio, sería la mayor ignominia. Es verdad, General, que desde Honduras me habían dicho que alrededor de Vd. se movían acaso intrigas, que envenenaban, sin que Vd. lo sintiese, su corazón sencillo, que se aprovechaban de sus bondades, sus impresiones y sus hábitos para apartar a Vd. de cuantos hallase en su camino que le acompañasen en sus labores con cariño, y le ayudaran a librarse de los obstáculos que se fueran ofreciendo—a un engrandecimiento a que tiene Vd. derechos naturales. Pero yo confieso que no tengo ni voluntad ni paciencia para andar husmeando intrigas ni deshaciéndolas. Yo estoy por encima de todo eso. Yo no sirvo más que al deber, y con éste seré siempre bastante poderoso.

¿Se ha acercado a Vd. alguien, General, con un afecto más caluroso que aquel con que lo apreté en mis brazos desde el primer día en que le ví? ¿Ha sentido Vd. en muchos esta fatal abundancia de corazón que me dañaría tanto en mi vida, si necesitase yo de andar ocultando mis propósitos para favorecer ambicioncillas femeniles de hoy o esperanzas de mañana?

Pues después de todo lo que he escrito, y releo cuidadosamente, y confirmo,—a Vd., lleno de méritos, creo que lo quiero:—a la guerra que en estos instantes me parece que, por error de forma acaso, está Vd. representando,—no:—

Queda estimándole y sirviéndole

JOSÉ MARTÍ.

# El Presidente Arthur.

1886.

(Política.—Gobierno.—Políticos y gobernantes.—Cómo suele ser y cómo debe ser la política.—El poder aviva el espíritu despótico del hombre.—Políticos de oficio.—Interés constante por los asuntos públicos de los buenos ciudadanos.—La lisonja al poder.—Interioridades e intrigas de la política y los políticos norteamericanos).

New York, diciembre 15 de 1886.

Señor Director de *La Nación*:

Sólo resisten el vaho venenoso del poder las cabezas fuertes. El espíritu despótico del hombre se apega con amor mortal a la fruición de ver de arriba y mandar como dueño, y una vez que ha gustado de este goze, le parece que le sacan de cuajo las raíces de la vida cuando lo privan de él.

Otros mueren, como Greeley y Hancock, de desear la presidencia. Arthur murió de tener que abandonarla.

Dicen los que le vieron en los días últimos de su poder que era extraño y enfermizo el brillo de su mirada; que había llanto profundo en su alegría cortés; que los desgajamientos de la caída se le veían en el livor del rostro.

El no creyó que había de abandonar tan pronto la Casa Blanca. Quiso continuar como propietario en el asiento a que había subido en una hora trágica como sustituto.

El había sacrificado su lealtad para con sus valedores más generosos y fieles, en la esperanza de conquistar por los actos con que se apartaba de ellos el renombre de imparcial que debía asegurar su elección de presidente en la inmediata campaña. Blaine le puso

en el hombro su garra formidable, y con la candidatura le arrancó literalmente la vida.

Aquel atlético y amigable caballero, fuerte como ninguno en cenas y galanterías, comenzó a morir del corazón enfermo el día en que supo que Blaine, y no él, era el candidato de su partido para la presidencia.

Se le entró por alma y cuerpo, como un tósigo, aquel perfume de mujer hermosa que en los años de su gobierno desvaneció a Washington.

No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso histórico la biografía de un hombre prominente.

En la elevación de cada hombre, por más que pueda parecer injusta y casual, hay causas fijas y de gran cuantía, ya residan por fuerza original en el encumbrado, ya dominen por fuerza nacional en el pueblo que los encumbra.

Todo gobernante representa, aun en las formas más extraviadas y degradantes del gobierno, una fuerza activa y considerable, visible u oculta; y cae, cualesquiera que sean su poder y aparato legal, cuando esta fuerza cesa, o él cesa de representarla.

No hay en los pueblos cosa más real que sus gobiernos.

Las repúblicas tienen, como excrecencias de su majestad y gusanos de su tronco, sus callejuelas y sus pasadizos, y así como en las horas de tormenta el instinto seguro del pueblo le lleva a elegir por guía el águila que cruza con más serenidad el aire, sucede en las horas de calma, cuando las águilas reposan, que las ambiciones, hábiles de suyo y agresivas, se entran por donde duerme la verdadera grandeza, que sólo da cuenta de sí cuando un peligro digno de ella viene a despertarla.

Así aconteció que, muerto Lincoln, quien hasta en la forma de la mano llevaba puesta por la Naturaleza la insignia del poder, fué la política del partido republicano cayendo, de Grant a Hayes, en las rivalidades y apetitos por donde se pudren y perecen los partidos triunfantes.

El Sur, domado, no inspiraba miedo. El norte, próspero, sólo pensó en gozar de la victoria. Y como los hombres necesitan de pelea, tan pronto como los republicanos no tuvieron enemigo con-

tra quien combatir, combatieron entre sí, por el provecho los más viles, y los de espíritu superior por el triunfo.

No había durado bastante la guerra para que el prestigio de los militares afortunados o valerosos predominara en el ánimo del país sobre el cariño y orgullo con que mira por sus libertades; y la fama de Grant, única que ofuscó el albedrío de sus conciudadanos, se deslucía en los oficios respetuosos de la paz, que repelen justamente la disciplina y arrogancia necesarias en la guerra.

La idea misma que produjo al partido republicano descansó después de vencer; con Lincoln, en quien resplandeció más vigorosamente, pareció morir lo mejor y más alto de ella.

Y puesta para muchos años la mesa del poder, quedó entregado el partido vencedor, con toda la gloria y recursos del triunfo, a la gula de los codiciosos y a los celos de los espíritus brillantes e inquietos que tienen gozo sumo y de mera ambición en demostrar a los hombres su capacidad para mandarlos. Ese aspecto de la República creó a Arthur.

Claro está que, en un país de pensamiento, sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder; y que, por mucho a que lleguen los manejos ruines de los políticos de oficio, sólo va creciendo al amparo de ellos, ante la opinión, el que la corteja con más prudencia y gracia y no desfigura con la brutalidad del deseo manifiesto sus intenciones de cautivar para sí la simpatía pública; hasta puede decirse con razón que el vulgo prefiere a aquellos en quienes halla sus defectos propios, siempre que no los exhiban con tal desvergüenza que le quite la capacidad de publicar su apoyo.

Y si a ese suave modo y cauta vestidura se une un grano de aquel valer esencial y genuino que lleva a los hombres en los instantes críticos a olvidar su interés por el de una idea generosa, he ahí que la persona política se condensa y consagra, y queda en puesto para las más altas empresas, caso de que los lances de partido, diestramente aprovechados, los llevan hasta ellas.

Arthur vino de quien suele engendrar los presidentes de los Estados Unidos: de un sacerdote protestante.

El suyo fué buen padre, puesto que en su tiempo y país no riñían, como riñen en otros, el ser padre bueno y criar a su hijo para abogado.

El futuro presidente empezó su vida de hombre por esa santa tarea que parece preparar bien para la paciencia y justicia que requiere el gobierno: la enseñanza; siendo cosa curiosa que Arthur hubiese estado de director de la misma escuela en que dos años después entró a enseñar caligrafía James A. Garfield, por cuya muerte había de venir Arthur, con el correr del tiempo, a ocupar la presidencia.

¡Sirvan esos modelos de castigo a los mozos que no hallan sabor al aprendizaje llano y, apenas barbados, quieren todos empujar en la vida de pontífices! ¡Así anda el mundo, empedrado de Icaros!

Precisamente se pagó los estudios de abogado con los “quinientos pesos que ahorró” trabajando como maestro de escuela.

Ya titulado, se estableció en New York; y como parece que sí hay hombres que seducen a la fortuna, sucedió que a los pocos meses de tener su estudio abierto se le deparó uno de esos casos que ungen una vida.

Vino un bribón de Virginia con ocho negros esclavos, de paso para Texas; levantó el juez la cuestión de que, por pisar estado libre, eran en él libres los siervos; y Arthur abogó por los negros, frente al Sur, que ahullaba, y ganó el caso en el tribunal inferior, y lo volvió a ganar en el tribunal superior, contra la elocuencia y habilidad de O'Connor; ¡pues hubo lenguas que no se secaron al defender por la paga a los dueños de los negros! No hay espectáculo, en verdad, más odioso que el de los talentos serviles.

Otro caso vino después a coronar éste. Echaron de un *tramway* a una pobre negra, y Arthur obtuvo, entre grandes celebraciones, la decisión que por primera vez autorizó a los negros, en New York, a entrar en todas partes por derecho propio a nivel de los blancos.

Y esa fué la acción superior y generosa que mantuvo a Arthur, a pesar de sus compadrazgos y cábalas, en la dignidad de persona pública.

Aquella victoria le puso alas para la vida; y la seda del trato, que es aquí muy escasa, y lo arrogante y pulcro de su persona, le abrían las puertas con facilidad extraordinaria.

Pero, más que por estas condiciones, se ganaba amigos por su aire de jovial franqueza, tan seductora para los hombres como la austeridad les es temible, y por cierta facilidad, más dichosa que

envidiable, de parecer como que necesitaba la guía ajena y se sometía a ella de buen grado; y haciendo como que obedecía, fué de cumbre en cumbre tomando rango entre los que mandaban.

Desde estudiante se le conocía ya ese poder; porque era tal su capacidad para dirigir sin que se lo sintiese, que él, que no hablaba nunca en los debates de sus compañeros, resultaba ser, para todo lo de voto y mando un caimacán de cuenta. Quien lisonjea, manda.

Así, galante y culto, se vino deslizado desde los oficios humildes de la política hasta su empleo más alto; y como tenía el arte de dividir con sus asociados la buena fortuna que sacaba de la asociación, y de trabajar ostensiblemente en pro de la camarilla a que pertenecía, ésta no le escatimaba su apoyo, ni se en celaba de verlo ir subiendo entre aquellos a quienes hacía gala de servir; tanto, que su habilidad suprema fué la de perfeccionar el sistema de la asociación para provechos políticos, y, convirtiendo a los que pudiesen ser sus rivales en sus cómplices, recoger en sí, sin excitar sospechas, el poder que iba logrando para la asociación con ayuda de ella.

Privada su naturaleza de aquella ciega generosidad e ímpetu heroico que levantan sobre el nivel común a las almas mayores, comprendió a tiempo que domina a los hombres el que aparenta servirlos, y tiene más seguro el mando aquel que no deja ver que lo desea, ni lastima la ambición, orgullo o decoro de sus émulos con el espectáculo de su presunción y soberbia.

¡Y de ambición ha muerto ese hombre de apariencia tan suave que nadie hubiese dicho que de eso muriera!

Le iba ayudando su misma pequeñez, porque, por mucho que él desease, no se atrevía a alzar la mira a más allá de aquello de que en sí se creía merecedor, y se contentaba con predominar por su gentil manera y reconocida astucia en las intrigas e influjo de la política de su ciudad y estado; siéndole de gran auxilio su figura hermosa, la cautela con que escondía sus fines, el gallardo abandono con que esparcía entre amigos sus ganancias, y esa indiferencia formidable que suele llegar a parecer una virtud, cuando en verdad no es más que el refinamiento del egoísmo.

Sin nada que le preocupase tanto como su propia fortuna, no veía en las cosas públicas con la ira o la fe que ciegan a otros, si no iba sobre firme a lo que le convenía particularmente, y su

misma frialdad y descuido de los intereses humanos le daban aquella calma infecunda que suele pasar entre los políticos miopes por espíritu de conciliación y sensatez.

Y todas esas facultades menores las extremó y usó con tal cordura, que por su excelencia en ellas, que son parte viva de la política de la nación, y por representarlas más cabalmente que otro alguno, llegó a subir, en una época de política menor, al puesto de donde una bala trágica lo llevó a gobernar a su república.

Toda la historia de Arthur está en la de las intrigas políticas de su partido. Nunca adelantó por sí, sino como representante de la camarilla en que servía.

Cada caída o triunfo suyo, y cada acto notable de su existencia, no es un suceso de orden nacional, en que las ideas choquen y luzcan, sino de orden interno de partido, en que las personalidades rivales se arrancan el provecho y la honra diente a diente.

Ya en los puestos, verdad es, se ganaba la voluntad por moderación caballeresca, el blando modo con que suavizaban su energía, su bondad personal, que fué sincera, y aquellas gracias corteses y llaneza digna que añaden tanto al mérito y llegan a disimular su ausencia y a suplirlo.

Pero si con sus subordinados era afectuoso, y en el manejo de los fondos públicos irreprochable, nunca dejó de servirse del influjo que con esto mismo obtenía, para ir trenzando una organización política tan fuerte y estrecha, que no había en el estado distrito donde no tuviese de agente un empleado suyo, ni convención en que no sacara triunfante a sus candidatos, ni cábala posible sin su voluntad, ni elección segura sino por sus manos.

El, como John Kelly entre los demócratas, se servía de los empleados públicos para favorecer en las elecciones y mantener en oficios lucrativos al partido que les conservaba los empleos. Como una red tenía extendido, en la ciudad primero y luego en el estado, este sistema; y lo que en otros parecía repugnante, por lo ofensivo de los modos o el escandaloso provecho que sacaban de su habilidad, en Arthur estaba disimulado, por la apuesta sencillez con que llevaba sus victorias, y porque no se echaba en diamantes y leontinas insolentes el fruto de ellas, sino las apetecía por lo que vigorizaban a su partido y le acreditaban en él de jefe de hombres.



La virtud no liga a los hombres tan estrechamente como estos compadrazgos y camareos oscuros. Dos que han pecado juntos son eternos amigos.

Obsérvese, además, que cuando todas las noblezas se han obscurecido en el hombre, aun es capaz de la pasión de amigo, y se encarniza en ella, como para probarse que no es enteramente vil.

Si hay algo sagrado en cuanto alumbra el Sol, son los intereses patrios. Es natural y humano que el hombre piense constantemente en sí, aun en sus actos de mayor abnegación y descuido de sí propio, y procure conciliar su adelanto personal y la utilidad pública, y servir a ésta de modo que resulte aquél favorecido, o no muy dañado.

Pero no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o levantar su fortuna.

Esos son apóstatas de la gran religión del hombre, que en cada uno tiene una columna, y ya se va condensando en imágenes racionales y grandiosas, dignas por su poesía de las imágenes vencidas, y superiores a ellas por su amplitud y majestad.

Ladrones del altar son esos comerciantes de opinión, y debían sacarlos por las calles con sayal de lienzo y la cabeza llena de ceniza.

De modo que no podemos aplaudir a los políticos de oficio, que no andan en la cosa pública para preservarla y trabajar por su bien, sino para servirse de ella en beneficio de su ambición o de su bolsa.

Pero el ala, como se sabe, no entra por mucho en la composición del hombre, que parece tener más de uña y de diente; y si bien es cuerdo conservar siempre la hornilla encendida y los hierros en blanco para marcar a esos traficantes de modo que se vea, e impedir que corrompan y esclavicen la República, cuerdo es también reconocer la ambición impura y disfrazada como factor inevitable de las funciones humanas, y valerse de ella, ya que no puede suprimírsela, para mejor servir a la virtud.

Y como guía y aviso en los países que se están formando, es de prudencia advertir que no basta salir a la defensa de las libertades con esfuerzos épicos e intermitentes cuando se las ve amenazadas en momentos críticos, sino que todo momento es crítico para la guarda de las libertades, y, no bien se retiran de ella, por noble

altivez o pudorosa modestia, los celadores honrados, asaltan sus puestos, como buitres que quieren hacer de águilas, los que tienen en sus pasiones agresivas de codicia o soberbia una fuerza permanente, y se adueñan con tenacidad formidable de lo que los virtuosos prepararon.

Jamás debe apartarse de los cuidados públicos, ni en los momentos de mayor paz, la gente honrada. Retener cuesta menos que desalojar.

No debe abandonarse por descuido lo que habrá de reconquistarse luego a gran costa.

Ni, una vez comenzados a podrir, sanan completamente los cuerpos sociales.

De afuera no podrían entenderse bien las batallas de intriga a que Arthur debió su prominencia; pero es sabido, en globo, que no hay furia mayor que la de los caudillos rivales de un mismo partido.

De tropezar constantemente unos en otros, llegan a ver el Universo en la forma y aspecto del rival que les disputa el paso; y como en todos los caminos de la vida se nota en el hombre esa cobarde y feroz naturaleza que en unos pueblos lleva a lidiar toros, en otros gallos y perros, y hombres mismos en otros, sucede que estimulan, en vez de sofocar, esas peleas, y llega a ser motivo de mayor interés lo que cada caudillo dice o hace respecto a su rival, que lo más vivo y urgente de la cosa pública.

Así fueron surgiendo en el partido republicano los dos crestados caballeros en quienes año tras año ha estado todo el interés de la lidia; y Conkling, de New York, y Blaine, de Maine, han venido justando como tremendo enemigos, sin aquellos tamaños nacionales que vienen a los hombres—por diputación impalpable y mística—del país que se siente amado con generosidad y defendido con pureza, pero con todo el luciente arreo y el grueso de armas de dos seres superiores a quienes sólo falta el desinterés para llegar a la grandeza.

Blaine, con más años y ambición más activa, batallaba por sí, y continúa batallando, con pasmoso poder de supervivencia y versatilidad catilinaria.

Conkling, más astuto o más leal, quería hacer de Grant una cabeza suma e imperante, ya porque cree, con funesta y antipática equivocación, que la autoridad del poder se asegura con el aparato y misterio de la fuerza, ya porque, a pesar de su elegantísima pa-

labra y austera honradez, la misma pasión de su política le quitaba aquel carácter de superior criterio y anchas miras que los pueblos buscan como por instinto en los que han de ser sus jefes; y no quería ver en la cabeza de su rival los laureles que no hallaba modo de pedir para sí propio.

De esa lucha nació a la presidencia Arthur, que a la sombra de Conkling y Grant había venido adelantando en New York su fortuna política, y tenía cerca de ellos influjo fortísimo, desde que, llevado al puesto de colector de la Aduana por complacencia de Grant hacia el colector saliente, que no se lo había ganado con regalos, se vió expulsado de su empleo, so pretexto de pureza, por el presidente Hayes, que al privar del puesto a Arthur, "para purgar la Aduana de la intriga política de que era centro", cedía en realidad al interés de su secretario Shermann, que veía en el creciente prestigio de Conkling y en el poder de Arthur sobre los republicanos de New York un obstáculo temible para su candidatura a la presidencia, que todavía hoy codicia.

Ni de intendente del ejército durante la guerra, ni de colector de la Aduana, se deslució Arthur con indignos provechos; y si bien se valió de ambos empleos para recoger bajo su mano el voto de su partido, por la agencia de sus subordinados y favoritos, ni entró a parte en contratos cuando intendente, ni se dejó comprar por los importadores cuando colector, ni necesitó de adláteres venales para desempeñar sus oficios; sino que atendió a ellos con mucha lucidez y aplauso.

Y como hay pocas cosas que en el mundo sean tan odiadas como los hipócritas, entre Arthur, partidario franco que trabajaba al Sol por sí y los suyos, y Hayes, reformador pretencioso e incompleto que encubría sus venganzas y compromisos con disfraz de moralidad pública, se dió la razón a Arthur.

Y con santa dignidad llevó su caída; y tan bien la hizo valer ante Grant y Conkling, que cuando en la próxima convención de los republicanos para elegir candidato a la presidencia Blaine triunfó sobre Conkling, obligando a la convención a elegir a Garfield en vez de Grant, ya que no podía hacer recaer la elección en sí propio, ya Arthur había cobrado tamaños suficientes para obtener de Conkling que le permitiera ser propuesto a la convención como candidato a la vicepresidencia, para lavarse de la injuria recibida, cuando llegó a las puertas de la delegación de New York

un emisario de Garfield, rogando a los partidarios de Grant vencidos que nombrasen de entre los delegados neoyorquinos la segunda persona de la candidatura.

Por esos manejos de bastidores, por la impotencia de Blaine y Conkling para predominar uno sobre otro, resultaron nombrados, y como electos, a los empleos más altos del país, dos hombres relativamente oscuros; porque Garfield, escogido para presidente por los enemigos de Grant y de Conkling, comprendía que su candidatura no podía vencer sin el apoyo enérgico del Estado de New York, fortaleza de Conkling.

Conkling abandonó a Arthur el puesto a que se asió tan pronto como lo puso a sus ojos la fortuna, porque, vencido en Grant su orgullo de caudillo, determinó en aquel instante, en su soberbia, permitir que fuese vencido Garfield.

Aquellas luchas se enconaron de tal modo, que vino a sombrarlas la muerte.

Blaine, que en el gobierno de Garfield hacía de Mefistófeles, como secretario de Estado, empeñó contra Conkling y sus favorecidos la misma lucha que Sherman, por mano de Hayes, empeñó contra Arthur; y compelió a Garfield a remover y sustituir el colector de la Aduana en New York sin consultar, como es de uso, a los senadores del estado en que se hacía este cargo, importante. Presidía Arthur, en el interés de Conkling, el Senado de la República, adonde en altivo arranque envió, con general asombro, Conkling su renuncia, en la vana confianza de que, ayudado por Arthur en su estado de New York, la Legislatura lo sacaría de nuevo senador por sobre el influjo de los amigos de Blaine y Garfield, que se oponían a su candidatura.

Pero también acá el gobierno puede. La lucha fué tan reñida entre ambas facciones, como si pelearan por grandes intereses nacionales.

Conkling no fué reelecto; Arthur, el vicepresidente, quedó por enemigo confeso del presidente, y por semicabeza de la facción que le hacía guerra; tan estruendoso y amargo fué el combate, que un hombre de espíritu deforme y ambición brutal, Guiteau, creyó que sería saludado salvador de la patria por dar muerte de un balazo al presidente Garfield, a quien los amigos de Conkling acusaban de conculcar, ¡por no haber pedido parecer a un Senado hostil!, las libertades de la República.

Vinieron aquellos días en que la tristeza prestó la hermosura que casualmente falta a este pueblo ajarioso de los Estados Unidos.

Murió Garfield de la bala de Guiteau; pusieron una estrella de bronce en el lugar del pavimento donde apoyó la cabeza al caer herido; Arthur, sacudido en lo mucho que tenía su persona de bueno y generoso, no sólo demostró sincerísimo anhelo de que Garfield se salvara, sino que se le vió muchas veces sollozando y extremeerse con la emoción todo su robusto marco, cuando veía al fin seguro y cercano el instante de entrar a suceder en la presidencia al adversario muerto en consecuencia de la lucha en que él había sido parte principal.

Allí recibió su espíritu audaz y ligero aquella consagración de pesar que sublima cuanto hay de puro en las almas y les descubre horizontes no soñados e ignoradas alturas.

Quiso prolongar por el espíritu de su política la vida que involuntariamente había contribuído a interrumpir.

Entró en la presidencia acusado de asesino. Mirábanlo con aversión. Sólo sus muestras de dolor sincero templaban el desagrado nacional.

Fuego y espinas fueron para él los primeros meses de gobierno; y tan lejos llevó su deseo de que no le motejasen de vender a sus amigos el poder que le había venido de la muerte, que a Grant mismo y a Conkling les volvió a los pocos días la espalda; a Conkling, a quien había servido de edecán, no le empleó siquiera de consejero; a Grant, por cuyo empeño consintieron los amigos de Conkling en trabajar por Garfield y por Arthur, en virtud de promesas que dicen quebró Garfield, le negó el favor de nombrar colector de la Aduana al ahijado para quien le pedía el puesto; que también acá, como en todas partes, hay compromisos, y tapujos, y componendas, y comercios, y ahijados.

En suma, aquel adversario de Garfield ferventísimo no consintió en repartir entre secuaces personales el poder que le venía de su enemigo; y respetando, sin alarde, cuanto había en el espíritu del muerto de sincero, lo puso en obra contra sus propios pareceres, trató de gobernar como su enemigo hubiera gobernado, y, sin perder su natural llaneza, revistió de tal decoro su persona y gobierno, que ni sus amigos abandonados se atrevieron a moverle guerra, ni hubo para él, a la terminación de su poder, más que respeto y alabanzas.

Pero no bien se vió seguro del cariño público y separado sin dificultad de aquellos a quienes debía su encumbramiento, surgió en él, levantado por los trágicos sucesos a su natural altura, una legítima ambición por entrar de propio mérito, por virtud de esa transformación gallarda, en el puesto a que lo acercó una mera intriga y le llevó un acontecimiento inesperado.

Tomó para sí, como muchos gobernantes toman, la lisonja y acatamiento tributado en su persona al poder que ejercen. Vió su moderación estimada y aplaudida. Renovó con gusto exquisito la austera Casa Blanca. Sacó de ella lo feo y anticuado y se fué poniendo en ella con los adornos y muebles con que la embellecía, a punto que la creía su natural morada.

Mantuvo en el gobierno aquella suave autoridad, aquella manera caballeresca, aquella fina justicia, aquel aparente olvido de sí propio que le ayudaron a subir de puesto en puesto sin que le estorbasen ni sintiesen.

No era extraña su galante persona al placer de los amores. Realzaba la elegancia su hermosura. Y pudo creer, por lo nutrido del aplauso, que era general la sanción pública.

Pero aprendió que el decoro encalla donde la intriga sale ilesa, y conoció en sí amargamente, como había hecho conocer a los demás, que donde se plantan pudres no hay que esperar olores; que los que han ayudado a corromper por el cohecho, franco o embozado, los cuerpos políticos, no pueden ser escogidos por ellos como representantes de las virtudes que antes profanaban; que el que subió, por su arte de emplear los puestos públicos, a la mayor altura política, no podía mantenerse en ella cuando en su novísima virtud se negaba a comprometer los puestos nacionales, en cambio de votos, a los delegados reunidos para escoger el nuevo candidato de los republicanos a la presidencia.

Tan grandes fueron, sea dicho en verdad, su ansia de obtener la designación, como su decoro en la manera de pedirla. Y se cree que salió de la Casa Blanca con el corazón partido y la muerte sentada al lado en su carruaje.

Pero no quiso sacrificar a su ambición la honradez que iluminó su espíritu en la emoción de la catástrofe.

Se ha muerto de deseo, celebrado por las gracias de su persona, y por haberla redimido.

# Roscoe Conkling.

1888.

(Política.—Gobierno.—La política práctica solo lucha por el goce del poder y vive en el mundo, no de las ideas, sino de los empleos.—Los intermediarios o sargentos políticos.—Los bastidores de la política.—Estudio íntimo de un político norteamericano).

New York, abril 25 de 1888.

Señor Director de *La Nación*:

Jamás hubo ejemplo tan patente de la esterilidad del genio egoísta como el orador magnífico que ha muerto ayer, el comisario imperial de Grant, el sismático en la presidencia de Garfield, enemigo implacable de Blaine, el más gallardo y literario de los oradores de los Estados Unidos: Roscoe Conkling.

Era majestuoso de persona, y de andar tan arrogante, que, no pudiendo compararlo Blaine con exactitud a un pavo real, porque cuidaba de sus pies tanto como del resto de su atavío, le llamó pavo, “pavo olímpico, pechirredondo y supereminente”, en un debate pueril en que estalló con furia la rivalidad sorda de los dos caudillos del partido republicano en la casa de representantes.

La rivalidad de estos dos hombres, más que los pretextos políticos con que la encubrían, mantuvo en división tan honda a los republicanos, que ni la muerte del uno será bastante tal vez para que se decidan a unirse a sus adversarios aquellos que, año tras año, han tenido por bandera cuanto pudiese ofender y desprestigiar al otro.

Pero, ¿qué es, por desdicha, la política práctica, más que la lucha por el goce del poder?

¿No se vió Conkling mismo, después de treinta años de imperioso y absoluto caudillaje, abandonado por casi todos sus amigos,



cuando, seguro de su triunfante reelección por la legislatura, renunció el puesto de senador, en cuyo privilegio se creyó desdefiado por Garfield y por Blaine, que propusieron al Senado un colector de Aduana hostil a Conkling prescindiendo de pedir la venia al senador, como es aquí costumbre en todos los nombramientos de importancia en los estados? No bien lo vieron reñido con el poder que da los puestos, los más cansados de su dominio y los más serviles de naturaleza votaron contra su jefe y representante de treinta años, votaron por el senador grato a la Casa Blanca!

Los rencores de Conkling están clavados, como penachos de batalla, en la historia de los Estados Unidos. Su apoyo solía salvar y su silencio derrotar. Su oratoria era fastuosa y rizada como su cabellera, ya resonante y con visos de carmín y oro, como aquellos clarines de pendón carmesí que paseaban en las fiestas federales los heraldos de a caballo, ya incisiva y ligera como un puñal con alas.

Se opuso a Washburne, y le cerró el camino a la presidencia. Se opuso a Blaine, y con sus ataques derrotó su candidatura en dos convenciones, y con su retraimiento le impidió triunfar en la campaña contra Cleveland.

Se opuso a Garfield, y murió Garfield. ¿Cómo surgió, cómo influyó en el poder, cómo dirigió la política, cómo salió limpio de un gobierno corrupto, cómo muere, a pesar de sus faltas, rodeado de estimación, este hombre extraordinario? Su vida es una lección solemne y un capítulo interesantísimo de política práctica.

Desde la adolescencia, rodeado en la casa paterna de abogados, políticos y jueces, se revelaron a la vez en el hermoso niño de Utica las condiciones extraordinarias que habían de sacarlo por encima de la masa común y la determinación de mostrar a los hombres su capacidad y voluntad de dominarlos.

El no buscaba para sí riqueza, sino preeminencia; mas si con la habilidad que disimulaba en vano no se hubiera puesto del lado de los que gozan del mando y distribuyen sus beneficios, ni la fuerza de su mente ni el prestigio de su oratoria hubieran bastado para que los hombres mantuviesen por tan largo tiempo en triunfo al que los ofendía con el alarde constante de la superioridad, crimen involuntario de quien la posee, que el hombre apenas perdona a los que saben emplearla en su bien sin enseñarla demasiado.



No están por fuerza excluidas de las regiones del gobierno las virtudes, por más que los espíritus briosos que persiguen en la Tierra el bien ideal se complazcan y brillen con más luz donde las transacciones y silencios, que en el gobierno son esenciales, no entraben o amengüen la defensa de las ideas que salvan o de las criaturas que sufren. Pero a Conkling, que nació con los ojos puesto en la presidencia y vió en su espíritu claro y ambicioso la confirmación de aquella aristocracia de la Naturaleza que él creía violada por la constitución democrática de la República, a Conkling no lo sedujeron, como al generoso Wendell Phillips, las delicias secretas y premios ocultos de defender a los humildes, sino las pompas del combate ostentoso en las asambleas donde el poder es el premio de los que encuentran en ellos séquito fácil, porque ocupan sus talentos en la defensa siempre socorrida de los intereses.

La Historia salda estas cuentas consagrando a los que lidian por el hombre y olvidando a los que lidian por el poder.

No era de los que recibían de la Naturaleza el don de pensar como un deber de emplearlo en el servicio de sus semejantes, sino como el título de su derecho a hacerse servir de ellos. Cruzó por la República con paso imperial. No tomaba opinión de la masa, sino que le echaba su opinión. Su política tenía por objeto principal vencer, aun antes que a sus enemigos, a sus rivales.

No vivía en el mundo de las ideas, sino en el de los empleos. Y fuera de aquellas ocasiones en que la importancia de los problemas nacionales levantaba naturalmente hasta la grandeza a los que tenían en sí algún grano de ella, la oratoria grandilocuente de Conkling empleó sus artes, desató sus rayos, desencadenó sus olas en asuntos de interés propio, o interés de partido, mezquino y pasajero, tal como la quimera de Rabelais, que en el vacío chispeaba y caracoleaba, o como quien echa manto bordado de exquisita púrpura sobre una estatua de paja de maíz.

El lenguaje es humo cuando no sirve de vestido al sentimiento generoso o la idea eterna.

Lo notable de este hombre es eso: el haber sobresalido en una democracia sin cortejarla. El era orador confirmado por los aplausos a los diecinueve años; y fiscal a los veinte; y a los veintiuno abogado tan temible, que los más hábiles de Utica aconsejaban a sus clientes que lo retuvieran de su parte para que no lo contratase la contraria.

Su amor al deber, su celo en el despacho de su empleo, su estudio continuo, su maestría en los detalles, su oratoria imponente cuando meditada, y cuando improvisada pintoresca y viva, y su misma persona altanera, atlética y hermosa, tenían en constante deslumbramiento a la ciudad, que no bien lo había elegido corregidor cuando lo sacó de este puesto para darle el de representante en el Congreso. Y lo fué todo: representante, senador, caudillo de su partido en el Estado, poder predominante en la nación durante el gobierno de Grant; y presidente hubiera llegado a ser, porque los partidos, desdeñosos con quienes los solicitan, acaban por solicitar a quienes los desdeñan. Pero ni esa carrera brillante fué en él lo más original, ni la majestad y limpieza personales con que dió apariencias de grandeza, y aun grandeza verdadera, a luchas ínfimas, sino aquella mezcla sabia de habilidad oculta y visible altanería, aquel modo nuevo de adular sin parecer que se adula, que sirviendo con los actos los intereses y aun los vicios de los mismos cuya compañía se rehuye, y la frenética y teatral arrogancia con que se hacía admirar y seguir de la opinión aquel hombre que sólo le era superior en las condiciones de integridad y elocuencia con que manejaba las pasiones públicas para el logro de sus fines. ¡Como si no fuera cómplice del robo el que cuelga una cortina de tisú a la entrada de la madriguera de ladrones!

Creía en el aparato y la reserva y guardaba su persona del contacto público en cuanto no le permitiese aparecer con todos los arreos de la dignidad senatorial.

No manejaba a las masas directamente, sino por intermediarios, que le servían por sincera admiración, y porque “el senador no es hombre que deje a un amigo suyo sin empleo”. Servía a sus sectarios lo mismo en sus necesidades que en sus rencores. “Jamás —dijo una vez con razón— he pedido a nadie que vote por mí.”

¿Cómo votaban, pues, por él?

Porque con su consejo les enseñaba el modo de vencer; porque, sirviendo a los demás continuamente, se hizo de servidores; porque con el influjo que le daba el caudillaje de su partido en el estado pudo éste beneficiarse del dominio que, gracias a él, obtuvo en el partido entero; y en el gobierno nacional; porque aquel arrogante que, sin más deseo cierto que la presidencia, rechazó los nombramientos de Presidente del Tribunal Supremo y Ministro en Inglaterra, “porque no quería más puestos que los que el pueblo le

diese en las urnas'', sabía amenazar tan eficazmente con su hostilidad a la presidencia cuando ésta dejaba el reparto de los empleos de su estado al senador más antiguo, que la presidencia se apresuró a violar la costumbre y a poner en manos del rebelde todos los empleos.

A la soldadesca de su partido la tenía segura por ese cuidado de su interés, y por el encanto que jamás deja de ejercer sobre los hombres el que los domina con su carácter, su palabra y su apariencia, sobre todo cuando, como Conkling, reunía en grado sumo todas estas dotes, porque en boxear era maestro, y en mandar no tenía rivales; como que sabía unir la fuerza de la pasión a la del juicio, y en perorar no era como los demás, sino como un Hércules de casaca y guante blanco, a quien la maza no se le veía sino cuando, con enorme floreo retórico, ya la tenía el enemigo sobre la cabeza. Y a sus mercurios y centuriones, a los jefes de turba, a los edecanes, a quienes dejaba lo menos limpio de la dirección de la política, y la autoridad que los complace, no los retenía a su lado tanto por esas dotes magnas que con la impertinente arrogancia deslucía, como por tenerlos provistos de empleos cómodos, gracias a su estrategia casi siempre feliz y a la influencia que por el fiel apoyo de ellos había llegado a adquirir en la política de la nación, que él ayudaba u oponía, según conviniera a su interés y al de sus partidarios en el estado.

Y otro modo de domar tenía él, más seguro que el encanto de su conversación y el poder memorable de sus discursos, y era el conocimiento superior de los asuntos y métodos políticos, de modo que nadie pudiera excederle en el debate sobre ellos, y aquellos que se resistieran a la soberanía de su carácter, tuviesen que ceder a la de su razón. Como todo fuerte, era paciente. El necio sólo confía en los meros poderes naturales.

Cuando lo eligieron fiscal no se mostró en público, sino un año después, luego de conocer regla a regla y caso a caso su oficio. Cuando lo eligieron representante no se enseñó, como hubiera podido, en una oración pomposa, sino se procuró un puesto en una de las comisiones, cuyos detalles estudió tan bien, que al fin del término ya la presidía. Cuando, por su soberbia, perdió tantos amigos que no le reeligieron a la Casa, continuó estudiando con tal empeño las cuestiones públicas, la abolición de la esclavitud, la separación del Sud, la creación del partido republicano, que su re-

elección fué al fin inevitable, y tan justo y continuo el favor de que por su ciencia política llegó a gozar en la Casa, que al fin tuvo la ocasión nacional que apetecía, cuando en un discurso famoso llevó la voz de la "Comisión de los treinta y tres" nombrada para aconsejar a los representantes la conducta que el Congreso había de seguir contra los estados rebeldes.

Y aprendía a la vez literatura con que adornar sus encopetadas oraciones y cuantas leyes, datos e incidentes pudieran tener relación, por indirecta que fuese, con los asuntos entonces en debate; por lo cual, llegaron sus improvisaciones y réplicas a ser tan fáciles, sustanciosas y decisivas como los discursos de empeño, recamados de citas y vistosos como caballos caparazonados, que confiaba íntegros a su espléndida memoria.

Hasta el fin de su vida pudo recitar enteros todos sus discursos importantes; lo que revela tanto poder de recordar como excesivo amor de sí; ¿qué valen, en lo grande del mundo, unos cuantos racimos de palabras? Dramas completos sabía de memoria, y lo más notable de los oradores antiguos y modernos, lo cual se ve en el peso de su palabra hablada y escrita, y en que no emitía al hablar, aún cuando fuera de improviso, legiones desordenadas de imágenes cuasimodescas o de vocablos sin concierto, sino que cada palabra envolvía idea, y era concepto, bofetón o lanzazo. Solía entretener a sus amigos recitándoles composiciones de los maestros ingleses y jamás viajaba sin un libro de versos; más siempre había un libro de versos sobre su escritorio en el Senado.

Pero ese conocimiento del asunto y de la forma, de que cuidó él como un actor de sus entradas y salidas, quedaba a menudo deslucido por su soberbia propensión a creer errados y culpables a cuantos diferían de él, aun cuando tuvieran en su abono una vida más limpia que la suya.

Un día, por ejemplo, dijo al honrado reformista George William Curtis, que habla oro fino y escribe plata pura: "Bien dijo Johnson que el patriotismo era el último refugio de los bribones; pero él no sabía entonces todo lo que puede esconderse detrás de la palabra "reforma!" Azuzado por la pasión personal, su sarcasmo llegaba a ser indigno del lenguaje admirable con que lo investía, y la arrogancia, la emulación y el odio quitaban a su oratoria frecuentemente aquel arte sumo que consiste en ajustar la

forma al pensamiento, y aquella belleza gloriosa y trascendental que sólo da a las obras humanas la justisia.

Cada condición lleva consigo, como todo lo que existe en lo material o espiritual, una cantidad igual de vida y muerte. Así en Conkling, que tuvo su fuerza y ayuda principales, así como la causa de su debilidad y caída, en el espíritu aristocrático de lo que creía ser encarnación viva.

El se reconocía con más deberes para consigo que para con el hombre, y tanto en lo mental como en lo corporal tuvo por su persona verdadero culto. Lo tuvo también por la amistad, y quien se la había mostrado podía estar seguro de su apasionado agradecimiento, así como de su rencor, feroz a veces, el que hubiese querido ofenderlo en su gran vanidad o en su quisquilloso decoro. Si su amigo era pobre, por servirlo bajaría él hasta su pobreza; pero como quien hace merced, no como quien se da de igual a igual. Para él la República estaba equivocada, y lo de abajo no debía gobernar, y los de más mente y fuerza debían ejercer su derecho natural al gobierno. ¿No era él una prueba de las diferencias naturales, con las dotes eximias que la vida había puesto en su cuerpo robusto y hermoso?

Por eso, tanto como por mantener el encanto de la distancia, se negaba a codearse de cerca con las masas políticas; por eso, con independencia de artista, esquivó siempre esas vanas reuniones sociales donde se habla sin seso y se congregan gentes vulgares y desconocidas; por eso no pudo mucho cuando Lincoln, aquel hijo sublime de los "de abajo", y llegó a toda la fuerza de su poder cuando Grant, que en el cariño ciego que le mostraba su pueblo sólo encontró razón para despreciarlo. Con Grant fué fuerte Conkling, y con él dejó de serlo. Se le mostró hostil cuando Grant daba al otro senador de New York el derecho de repartir los empleos federales en el estado; pero jamás lo abandonó, desde que accedió a su demanda el presidente acobardado. El uno era el imperio sigiloso y el otro era el imperio elocuente. Grant necesitaba de aquella mente enérgica que Conkling sabía fruncir ante sus inferiores, pero suavizaba y escurría de modo que recibiese su influjo el general espantadizo sin que pudiera darse cuenta de cómo ni con qué fin lo recibía. Los ambiciosos pasan estas vergüenzas. Al poder se sube casi siempre de rodillas. Los que suben de pie son los que tienen derecho natural a él.

No se veía la mano de Conkling donde se sabía que estaba su mano; salió sin mancha personal, como Grant mismo, de aquellos años de descaró y rapiña, cuando el secretario de Marina acaparó millones, y el de la guerra vendía por dinero los empleos, y al de Gobernación lo echó del puesto la indignación pública, y el secretario del Presidente cobraba los provechos del fraude al Tesoro, y la familia del Presidente fraguaba para su beneficio aquel pánico del "Viernes negro" que costó tanto al país; pero si sacó Conkling limpias las manos de entre aquellos robos, no pudo sacar limpia la lengua, constantemente empeñada en defensa del partido a que había ligado su fortuna y del hombre a cuya sombra esperó llevarla a la cima.

El fué el pujante defensor de la tercera candidatura de Grant a la presidencia, en la convención misma en que noventa y tres delegados votaron por Conkling para presidente; al amparo de Grant iría él creciendo; Grant quería, como él, gobierno fuerte; de Grant podía valerse él como de instrumento poderoso para derribar a Blaine, cuyo influjo se mostraba ya entonces con arraigos tales, que fué vano para vencerlo el discurso célebre, épico, llameante, tempestuoso, con que, precedido de cuatro versos y seguido de trescientos seis delegados leales, proclamó Conkling candidato a Grant contra la candidatura de Blaine, que sin las fuerzas que mostró en su favor en la convención siguiente, tuvo ya bastantes para lograr que el escogido no fuese Grant, sino Garfield; Garfield, muerto a manos del idiota ambicioso, que tomó consejo para su crimen en la venenosa querrela con que culminó la rivalidad de Blaine y Conkling; cuando éste creyó mal pagados los servicios que él y Grant prestaron a Garfield hacia el fin de la campaña; servicios tales, que, acaso, aseguraron a Garfield la elección dudosa, y no remuneró el Presidente electo dando a Conkling, como parece que le prometió, el derecho de distribuir los empleos en su estado, sino que, aconsejado por el encono de Blaine, nombró precisamente para los empleos de New York, sin previo informe ni consulta, a los que en pro de Blaine habían movido en el estado más guerra a Grant y a Conkling.

¡Tales miserias oculta la política en sus pompas!

Renunció airado Conkling seguro de que la Legislatura de New York lo reelegiría en son de protesta contra la violación de los derechos senatoriales; pero todo lo que no sea virtud pura es a

la larga apoyo deleznable en política. Los que por su propio interés le habían servido, por su propio interés lo abandonaron.

Sus admiradores sinceros, y nadie ha tenido más en este país, lucharon inútilmente por impedir el triunfo del candidato protegido por Blaine, que defendía su interés y preparaba su candidatura posterior, cuando Garfield de buena fe creía estar riñendo su primera batalla honrosa para ir sacando la política nacional de la estrechez y descrédito en que la tenía el interés corruptor de los empleos públicos.

Murió Garfield; y Arthur, que sólo al influjo de Conkling debía la vicepresidencia, no creyó, al suceder a su rival muerto, que era cuerdo invitar en seguida a Conkling a alardear de una victoria tan tristemente conquistada; porque no era el debate de dos sistemas políticos lo que había conmovido el país y parado en muerte, sino la ambición de dos pretendientes rivales; ni fué el nombramiento de Garfield y Arthur acuerdo espontáneo de un partido que busca dignos porta estandartes, sino el compromiso precipitado entre los amigos de Blaine, que, impotentes para triunfar en su nombre, levantaron el de Garfield, y los amigos de Conkling, a quienes, como medio de tenerlos de su lado en las elecciones, dejaron elegir el candidato a la vicepresidencia, que fué Arthur.

¡Jamás aceptaría Conkling de su hechura un puesto inferior al que desde su juventud venía deseando! ¡Jamás solicitaría él de la Legislatura del estado la elección que le habían negado aquellos amigos cobardes! Se cruzó de brazos, a ver cómo se desgranaba sin él el partido que había osado desdeñarlo. No ayudó a Arthur, y Arthur no fué reelecto, y murió de la pena, más que de la enfermedad, a los pocos meses. No ayudó a Blaine cuando su candidatura a la presidencia, y por la fuerza invisible de aquella mano caída, Blaine fué derrotado.

Y entonces fué cuando, libre de su ambición política, mostró Conkling de lleno las virtudes que hacían de él un hombre típico y extraordinario. Con la tristeza de la derrota le había venido aquella sabiduría que sazona el genio. Su silencio era más elocuente que sus arengas más arrebatadas. La política, habituada a que los pretendientes la adulen, reconocía temple heroico en aquel hombre que sabía desdeñarla. Como quien se saca una bala de la frente, se sacó, seguro acaso de su victoria final, aquella ambición desengañada; pagó sin murmurar, con la grandeza de los amigos

que pinta Eurípides, todas las notas endosadas con su firma que por valor de cien mil pesos dejó en plaza un amigo desgraciado; y con aquella certeza de sí que le había puesto tan alto entre los hombres, volvió con un triunfo cada día a la ocupación de abogado de sus primeros años, a las pláticas del club, donde era motivo constante de admiración lo pintoresco y magnífico de su lenguaje y su seguro juicio político; a la noble obscuridad de quien no cree que haya en el mundo corona que merezca bajarse hasta los pies de los hombres para recogerla.

La nación lo ha honrado como a un prócer y la ciudad lo ha velado como a un hijo. Su derrota fué su gloria. Comenzó a ser grande cuando dejó de ser ambicioso.



# Vindicación de Cuba.

1889.

(Contra la anexión de Cuba a Estados Unidos.—Razones que abonan esta oposición.—Derechos del pueblo cubano al gobierno propio.—El cubano, tan preparado y capaz para la libertad como el norteamericano.—Actitud de Estados Unidos respecto a Cuba).

New York, 21 de marzo de 1889.

Sr. Director de *The Evening Post*.

Señor:

Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la Isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el tra-

bajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados donde quiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; éstos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norte-Americana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la li-

bertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miriada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorne en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo “afeminado”? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en su día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir—estos hombres de diez y ocho años, estos herederos de casas poderosas, estos jovenzuelos de color de aceituna—de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos “afeminados” tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer*, tienen “aversión a todo esfuerzo”, “no se saben valer”, “son perezosos”. Estos “perezosos” que “no se saben valer”, llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo hon-

rado; algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria: gustaban del lujo, y trabajan para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto, a morir en sus hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y de la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades, ha sido más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos "perezosos", "que no se saben valer", de estos enemigos de todo esfuerzo, llegaron aquí, reciénvenidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: "la señora" se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava: se sentó detrás de un mostrador: cantó en las iglesias: ribeteó hojales por ciento: cosió a jornal: rizó plumas de sombrerería: dió su corazón al deber: marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo "deficiente en moral"!

Estamos "incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre". Esto no puede decirse en justicia de un pueblo que

posee—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización—un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuído, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos de las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habituarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo “que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española”, y “nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmen-

te ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa". Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar: "una farsa". ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de la libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hesitanos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que "extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo" para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos: "¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!" Extendieron "los límites de su poder en deferencia a España". No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Sólo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anexionistas, de obtener libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de

otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento.

Traducción de la carta publicada en *The Evening Post*, New York, marzo 25, 1889.

# Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui.

1889.

(Contra la anexión de Cuba a E. U.—Las Conferencias Panamericanas.—  
La primera celebrada en Washington en 1889.—Control que en ella ejerció el Gobierno norteamericano.—Peligro, por tanto, de que en la misma se tratase sobre Cuba, y no para el reconocimiento de su derecho a la independencia.—Cuba tiene que lograr la separación de España, por su propio esfuerzo, sin ayuda de E. U., para no convertirse en una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas).

New York, octubre 29/89.

Mi muy querido Gonzalo:

. . . . .

Ahora le hablaré de lo que nos toca más de cerca que nuestras mismas personas: de lo de nuestra tierra. Hay marea alta en todas estas cosas de anexión, y se ha llegado a enviar a *La Discusión* de La Habana, desde Washington, una correspondencia sobre una visita a Blaine, en favor de la anexión, y que la dan por prometida por Blaine, y al calce están mis iniciales: ¡y en Cuba creen los náufragos, que se asen de todo, que es mía la carta, a pesar de que es una especie de anti-vindicación, y que yo estoy en tratos con Blaine, y lo demás que en Cuba puede suponerse de que los revolucionarios de los E. Unidos anden en arreglos con el gobierno norteamericano!: hasta ofertas de agencia he recibido de personas de respeto, como primer resultado de esta superchería. En instantes en que el cansancio es freno de la Isla empieza a producir el espíritu y unión indispensables para intentar el único recurso, es coincidencia infortunada ésta del Congreso, de





donde nada práctica puede salir, a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros. Y lo que usted me dice, y ha hecho muy bien en decirme, agrava esta situación, con la única ventaja de que el tiempo perdido en estas esperanzas falsas, lo emplearemos, los que estamos en lo real, en organizarnos mejor.

Pero no es por nuestras simpatías por lo que hemos de juzgar este caso. Es, y hay que verlo como es. Creo, en redondo, peligroso para nuestra América, o por lo menos inútil, el Congreso Internacional. Y para Cuba, sólo una ventaja le veo, dada las relaciones amistosas de casi todas las Repúblicas con España, en lo oficial, y la reticencia y deseos ocultos o mal reprimidos de este país sobre nuestra tierra: la de compeler a los Estados Unidos, si se dejan compeler, por una proposición moderada y hábil, a reconocer que "Cuba debe ser independiente". Por mi propia inclinación, y por el recelo—a mi juicio justificado—con que veo el Congreso, y todo cuanto tienda a acercar o identificar en lo político a este país y los nuestros, nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal. Pero la predilección personal, que puede venir de las pasiones, debe ceder el paso, en lo que no sea cosa de honor, a la predilección general: y pronto entendí que era inevitable que el asunto de Cuba se presentase ante el Congreso, de un modo o de otro, y en lo que había que pensar era en presentarlo de modo más útil. Para mí no lo es ninguno que no le garantice a Cuba su absoluta independencia. Para que la isla sea norteamericana no necesitamos hacer ningún esfuerzo, porque, si no aprovechamos el poco tiempo que nos queda para impedir que lo sea, por su propia descomposición vendrá a serlo. Eso espera este país, y a eso debemos oponernos nosotros. Lo que del Congreso se había de obtener era, pues, una recomendación que llevase aparejado el reconocimiento de nuestro derecho a la independencia y de nuestra capacidad para ella, de parte del gobierno norteamericano, que, en toda probabilidad, ni esto querrá hacer, ni decir cosa que en lo menor ponga en duda para lo futuro, o comprometa por respetos expresos anteriores, su título al dominio de la Isla. De los pueblos de Hispano América, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien

necesitamos saber es de los Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma;—arrancar de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje,—saber cuál es la posición de este vecino codicioso, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos, ya que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre. Eso tenía pensado, contando con que en el Congreso no nos han de faltar amigos que nos ayudasen a aclarar nuestro problema, por simpatía o por piedad. Y como pensaba componer la exposición de manera que en ella cupiesen todas las opiniones, en José Ignacio pensé, como pensé en Ponce, y en cuantos, con diferencia de métodos, quieren de veras a su país, para que acudiesen al Congreso con sus firmas, en una solicitud que el Congreso no podía dejar de recibir, y a la que los Estados Unidos, por la moderación y habilidad de la súplica, no habría hallado acaso manera decorosa de negar una respuesta definitiva: y así, con este poder, batallar con más autoridad y a campos claros. Del Congreso, pues, me prometía yo sacar este resultado: la imposibilidad de que, en una nueva guerra de Cuba, volviesen a ser los Estados Unidos, por su propio interés, los aliados de España. Nada, en realidad, espero, porque, en cuestión abierta como ésta, que tiene la anexión de la Isla como uno de sus términos, no es probable que los Estados Unidos den voto que en algún modo contraríe el término que más le favorece. Pero eso es lo posible, y el deber político de este instante, en la situación revuelta, desesperada, y casi de guerra, de la Isla. Y eso estaba yo decidido a hacer. Y aún no sé si será mi deber hacerlo, acompañado, o solo.

En esto me llega su carta de usted. De los móviles de José Ignacio Rodríguez no hay que hablar. Ama a su patria con tanto fervor como el que más, y la sirve según su entender, que en todo es singularmente claro, pero en estas cosas de Cuba y el Norte va guiado de la fe, para mí imposible, en que la nación que por geografía, estrategia, hacienda y política necesita de nosotros, nos saque con sus manos de las del gobierno español, y luego nos dé, pa-

ra conservarla, una libertad que no supimos adquirir, y que podemos usar en daño de quien nos la ha dado. Esta fe es generosa; pero como racional, no la puedo compartir. Lo que en todo el documento, tal como usted me lo pinta, se demuestra, no es tanto la razón de que Cuba sea independiente, sino la necesidad que la nación de más intereses y aspiraciones en América tiene de poseer la isla, por el mal que le puede venir de que otro la posea. Aparte de lo histórico, en cuanto al espantapájaros que mató de una vez Juárez, a la invasión de un poder europeo en América: ¿no está Europa en las Antillas? ¿Francia? ¿Inglaterra?: ¿pudieron, por tener la Isla, reconquistar la América los españoles, ni cuando Barradas, ni cuando Méndez Núñez? De esas alegaciones tomarán los Estados Unidos refuerzo para sus propósitos, confesos o tácitos. La indemnización ¿quién la había de garantizar, sino la única nación americana que puede hacerla efectiva? Y una vez en Cuba los Estados Unidos ¿quién los saca de ella? Ni ¿por qué ha de quedar Cuba en América, como según este precedente quedaría, a manera,—no del pueblo que es, propio y capaz,—sino como una nacionalidad artificial, creada por razones estratégicas? Base más segura quiero para mi pueblo. Ese plan, en sus resultados, sería un modo directo de anexión. Y su simple presentación lo es. Lo anima en Rodríguez, el deseo puro de obtener la libertad de su tierra por la paz. Pero no se obtendrá; o se obtendrá para beneficio ajeno. El sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva. Es posible la paz de Cuba independiente con los Estados Unidos, y la existencia de Cuba independiente, sin la pérdida, o una transformación que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad. Sírvanos el Congreso, en lo poco que puede, pero sea para el bien de Cuba, y para poner en claro su problema, no para perturbarla, por lo pronto, con esperanzas que han de salir una vez más fallidas, o si no salen, no han de ser para su beneficio.

. . . . .

No eche al cesto estos renglones, para volver a leerlos juntos. Me pidió dos, y vea. Eso le dirá como le estima su amigo.

# Madre América.

1889.

(Diferencias esenciales entre Norteamérica e Hispanoamérica.—Hispanoamérica: Madre América).

Apenas acierta el pensamiento, á la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plumizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpea al pecho, y sólo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente,—para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a

sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo si nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A

fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la *Flor de Mayo*. Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quemara a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propios; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso. al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los "hombres libres". Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias

republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fué el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos y manchados de sangre de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbaba para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española, del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alfereces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al

palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlascaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtemoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú; en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su trenzo la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. “Quimeras despreciables” les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pinta-



do de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochambamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, “exhorta a las razas a que afiancen su dignidad”. El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fué un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere. ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del libertino van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿A dónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más genero-

so, más firme. Sentina fuímos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el buho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados, más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza, ni de secta, que fué a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno—; pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espigas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a puño de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Tropa. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de la desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal, o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Sólo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en

la frente sus guerras como una corona. En vano—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a los que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: “¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!”

Discurso en la *Sociedad Literaria Hispanoamericana*, de New York, el 19 de diciembre, 1889.

# Nuestra América.

1891.

(Males de los países hispanoamericanos; sus causas; sus remedios.—Necesidad de conocer los elementos que componen cada uno de nuestros pueblos, fuentes de riquezas y producción naturales, carácter y necesidades materiales y espirituales de sus hijos.—Las constituciones, leyes y sistemas de gobierno deben ser, no exóticos, sino los adecuados al país.—Los gobernantes tienen que aprender la función política de gobernar.—Hay que contar con los elementos nativos y hacer causa común con los oprimidos.—Peligros de la absorción y explotación políticas y económicas de los pueblos hispanoamericanos por los E. U.).

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el Cielo, que van por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradi-

ción criminal, cerceñaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fué a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos “increíbles” del honor, que lo

arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fué hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale

de su misión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdafiados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelanté el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta, sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Gre-



cia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fué el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la remetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores biblógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra, desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella, entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El

continente descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón; la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de uno sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fagonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicu e impolítico de la raza aborígen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol, acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero “estos países se salvarán”, como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos; al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con lanzón se puede echar el lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide “a que le hagan emperador al rubio”. Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vuelta alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su co-

razón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad en el corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza, coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. “¿Cómo somos?” se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución a Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendidura, y el tigre de afuera. El general sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los

infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la Naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos traen los caracteres nativos a la escena. Las academias discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento y de cochero a una bomba de jabón; el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y sólo aman, a los pueblos viriles; como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norté, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encerrar y desviarla; como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril o la arrogancia ostentosa, o la discor-

dia parricida de nuestra América, el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionalés pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus laceras políticas, que son diferentes de las nuestras; ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la Historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas; ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno y la unión tácita

y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

*El Partido Liberal*, México, enero 30, 1891.

# La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América.

1891.

(Política.—Gobierno.—Economía.—Cautela con que deben realizar los pueblos menores pactos políticos y convenios económicos con pueblos mayores.—Riesgos que ofrecen las uniones, de una y otra clase, entre Cuba y E. U.—La independencia económica, base de la soberanía política.—El pueblo que compra, manda; el pueblo que vende, sirve.—No debe venderse a un solo pueblo.—El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios).

El 24 de mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos a los pueblos de América, y al reino de Hawaii en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban a una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, “la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América”.

El 7 de abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una o más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Wash-

ington, por la delegación de los Estados Unidos, "para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata", declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados Unidos de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawaii que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos a las potencias a un Congreso Monetario Universal.

¿Qué lección se desprende para América de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y a la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es un sueño fascinador?

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la



patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América. ¿En qué instante se provocó, y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispano América los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispano América desoirarla, o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe. Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de mirar a un pueblo, se ha de ver qué daños o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es sólo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aun cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de

contra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar por sí, con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente,—porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el ingerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: “esto será nuestro, porque lo necesitamos”. Creen en la superioridad incontrastable de “la raza anglosajona contra la raza latina”. Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispano América están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispano América los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,—¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispano América a una unión sincera y útil para Hispano América? ¿Conviene a Hispano América la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a

más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión, con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con

sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fió, un sistema de monedas cuyo fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable a los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos, y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña a la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es despreciarla. La plata de Hispano América se levantará o caerá con la plata universal. Si los países de Hispano América venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría despreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispano América que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación a la plata de los Estados Unidos?

. . . . .

Quando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados a la mesa. Quando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión a la puerta, diciendo que no hay que comer, los huéspedes no lo

echan de lado, ni entran en su casa a la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, o son títeres que van y que vienen, por donde quiera que vayan o vengan el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado hispanoamericano—entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que “a cumplir lo que se había recomendado”—apadrinó, sin ver que una recomendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los delegados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieran, a ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino a crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que llamó *Columbus*, sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, “residente en Washington”.

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes a votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar a aceptar la moneda de plata en relación fija e igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así: “¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?” Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos, salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos?

¿A quién, sino a los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana, el pensamiento de oponerse a la cláusula de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si a sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva, y los ponía a su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, o de un político tenaz y osado de los Estados Unidos, levantaba por resortes ocultos e influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios o por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie—al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos,—una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispano América con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inelentemente, ceder a los Estados Unidos más de lo que conviniese al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aun no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en

que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguera de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norte América no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vió, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

*La Revista Ilustrada*, New York, mayo, 1891.

# **Bases del Partido Revolucionario Cubano.**

**1892.**

(Propósitos y fines del Partido Revolucionario Cubano.—Cómo debe ser la guerra emancipadora.—La República Cubana concebida por Martí: no colonia superviva, sino pueblo nuevo, de sincera democracia, patria libre para todos los cubanos, abierta a cuantos en ella quieran vivir y trabajar).

Artículo 1º—El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsideradamente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y disorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve, encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3º—El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y métodos republicanos, una nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señala.

Artículo 4º—El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la



composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Artículo 5º—El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad de extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6º—El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir al desorden económico en que agoniza, un sistema de hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7º—El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8º—El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I.—Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II.—Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor fuerza y eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III.—Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV.—Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V.—Establecer discretamente con los pueblos amigos relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensables al equilibrio americano.

Artículo 9º.—El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los estatutos secretos que acuerden las organizaciones que lo fundan.

Propuestas por encargo de la emigración de Key West y proclamadas unánimemente por las emigraciones cubanas y portorriqueñas el 10 de abril de 1892.

# Cayetano Soria.

1892.

(Ricos y pobres.—Un rico benévolo.—Ricos sórdidos.—Cómo se alzan los pueblos.—Necesidad de unión.—Juntarse: esta es la palabra del mundo).

Era un rico benévolo; era un obrero que no se envaneció con la riqueza; era un cubano que no veía en la riqueza el pasaporte para la indiferencia o el egoísmo; era un compañero de todos los que padecían; un hombre bueno era Cayetano Soria. Quien nada le pidió, quien rechazó lo que le ofrecía, tiene derecho a elogiarlo. Tiene el deber de elogiarlo quien fué un día recibido por él, en la casa levantada por su labor, con la franqueza de su mano y la mirada triste e inquieta de sus ojos azules. Amable debió ser en vida aquel a quien sigue descubierta a la tumba un pueblo entero. Así se alzan los pueblos: no apedreándose las casas de acera a acera, ni recortándose los méritos como cortesanas envidiosas, sino reconociendo el mérito a pleno corazón, convidando a la virtud por el estímulo del respeto con que se la premia, juntándose los hombres en una casa sola, para venerar y amar, como los cubanos del Cayo, para decir adiós a Soria, se juntaron en el Liceo San Carlos. Juntarse: esta es la palabra del mundo.

Como se apartan los ojos de las villanías, para que la piedad del silencio ayude a hacerlas menos feas y aborrecibles, así se ha de volver los ojos a los espectáculos de la virtud, para que se mantenga o reviva la esperanza en el alma de los hombres. El que, de pie entre sus trabajadores, más los amaba que los oprimía, y devolvió al pobre mucho de lo que ganó con la ayuda de él; el que anhelaba ganar más para tener más que dar a la patria de su corazón; el que aborrecía como enemigos de la humanidad, y como a ladrones, a los ricos sórdidos, que de las vilezas de su patria sacaron tal vez la fortuna que arrinconan, y se niegan a purificarla y redimirse ayudando al triunfo de la justicia en su patria; el

que creyó que la posesión de mayor caudal no daba a un hombre el derecho de negarse a aumentar la felicidad de sus semejantes y las condiciones públicas de su felicidad, sino que más es el deber de aumentarlas mientras más es el caudal; el que sostuvo con su predicación y con su ejemplo que la limosna privada, con ser santa, lo es menos que la limosna que se da al país esclavo y vilipendiado, que es la semilla de los limosneros; el que en los últimos días de su vida, en un sillón de *Patria*, padecía vehementemente del temor de que se creyese que no amó en vida bastante a su país,—cayó, joven aún, en los hombros de sus conciudadanos. No le han cantado una misa comprada, cuyos cirios encendiera, riendo o bostezando, el sacristán indiferente. No le han seguido al cementerio, por el bien parecer o la obligación de la familia, unos cuantos carruajes perezosos. Las mujeres le tejieron coronas al obrero que no dejó de serlo en la prosperidad; niñas y niños fueron a pie hasta la sepultura del que, en el sigilo de la bondad verdadera, repartió mucho pan y secó muchas lágrimas; las asociaciones a que ayudó, y por donde la patria empieza a vivir y se ejercita, cubrieron con sus estandartes el cadáver de quien anheló ver a los hombres asociados y no les pidió nunca el pago de la lisonja a cambio de sus beneficios; los que le vieron vivir, acudían a declarar, ante el sol, que había vivido bien; y lo acompañó a la tumba un pueblo entero. ¡Allá, en el frío de la sepultura, debe arropar al muerto el cariño de las manos que vinieron a dejarlo en la tierra! y cuando no se ha merecido, por la generosidad en la riqueza o por la honradez en la pobreza, el amor de los hombres, el muerto debe sentir mucho el frío!

Cuba, que está ahora otra vez en la vela de armas, limpiando el acero, limpiándose el corazón, puede levantar su fe, para los días creadores que la esperan, con el ejemplo de este humilde Cayetano Soria, que de la pobreza inculta se levantó, por su poder de orden y su tesón, a la riqueza sin arrogancia, y empleó gran parte de ella, mucha parte de ella, en contribuir a la libertad de su patria y al bienestar y adelanto de sus hijos. Cuba, en los días de ingratitud y batalla íntima en que se sana y asegura la libertad, recordará con orgullo, y como una deuda más a Cayo Hueso, el espectáculo hermoso del entierro de Cayetano Soria. En la casa del pueblo, en el Liceo San Carlos—¡y ha de ser mañana, en la libertad, que cada rincón de Cuba tenga, como el Cayo, para honor

de él y garantía de la república, su casa del pueblo!—se reunieron, a la sombra de los lutos del salón, los cubanos agradecidos; por sobre las coronas del féretro se veían las de la hija de un héroe de la guerra, y otro héroe del destierro; en silencio, detrás de sus banderas, blancas y azules y orladas de mansa plata reluciente, iban las asociaciones cubanas, la de socorros mutuos de *La Fe*, la de nuestros bomberos, aun invictos, las de la patria. *Patria y Libertad*, José Francisco Lamadriz, la logia del que empezó a emancipar nuestro pensamiento, de *Félix Varela*, y las escuelas de San Carlos. Y cubanos que trabajan en el comercio. Y cubanos que trabajan en los oficios. Y las músicas fúnebres. Caía la tarde cuando se elevaban en ella, al borde de la fosa de Cayetano Soria, la oración conmovida del sacerdote cubano Delofeu, el elogio valioso de su colaborador indomable en la patria, José Dolores Poyo, el tributo franco de Antonio Díaz Carrazo, orador de *La Fe*, y la palabra hermana y calurosa, la palabra de la amistad y de la república, del venerable de la logia *Félix Varela*, de Fernando Figueredo. ¡Así muere, con un pueblo enjugándole el último sudor, quien ha sido útil al mundo!

*Patria*, New York, mayo 28, 1892.

# El Colegio de Estrada Palma, en Central Valley.

1892.

(Educación.—Peligro de educar a los niños fuera de su patria, y más a los niños cubanos en un país, como Norteamérica, de lengua diversa, carácter opuesto y de fuerza y riqueza superiores.—El fin de la educación).

. . . . .

El peligro de educar a los niños fuera de su patria es casi tan grande como la necesidad, en los pueblos incompletos o infelices, de educarlos donde adquieran los conocimientos necesarios para ensanchar su país naciente, o donde no se les envenene el carácter con la rutina de la enseñanza y la moral turbia en que caen, por la desgana y ocio de la servidumbre, los pueblos que padecen en esclavitud. Es grande el peligro de educar a los niños afuera, porque sólo es de padres la continua ternura con que ha de irse regando la flor juvenil, y aquella constante mezcla de la autoridad y el cariño, que no son eficaces, por la misma justicia y arrogancia de nuestra naturaleza, sino cuando ambas vienen de la misma persona. Es grande el peligro, porque no se ha de criar naranjos para plantarlos en Noruega, ni manzanos para que den frutos en el Ecuador, sino que al árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo, para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces. La naturaleza del hombre es por todo el Universo idéntica, y tanto yerra el que suponga al hombre del Norte incapaz de las virtudes del Mediodía, como el de corazón canijo que creyese que al hombre del Sur falta una sola siquiera de las cualidades esenciales del hombre del Norte. Hábitos podrán faltarle, porque el español no nos crió para servirnos de nosotros mismos, sino para servirle; y nues-

tra fatiga por ir cambiando de sangre, con el heroísmo indómito y progreso visible del más infeliz de nuestros pueblos, sólo podrá echársenos en cara por el extranjero desconsiderado o ignorante, o por el hermoso apóstata. Y no es en todos los casos que nos falten hábitos, porque en los personales vamos mucho más adelante que en los políticos, y no hemos menester lección alguna en cuanto a honradez, actividad e inteligencia en el empleo de nuestras personas; sino que los hábitos, prolongados crían en los hombres, y en los pueblos, tal modificación en la expresión y funciones de la naturaleza que, sin mudarla en lo esencial, llegan a hacer imposibles al hombre de una región, con cierto concepto de la vida y ciertas prácticas, la dicha del contento y el éxito del trabajo en otra región de prácticas y concepto de vida diferente. El mismo lenguaje extraño, que equivocadamente se mira sólo como una nueva riqueza, es un obstáculo al desarrollo natural del niño, porque el lenguaje es el producto, y forma en voces, del pueblo que lentamente lo agrega y acuña; y con él van entrando en el espíritu flexible del alumno las ideas y costumbres del pueblo que lo creó. Un país muy poblado y frío, donde la agria necesidad aguza y encona la competencia entre los hombres, crea en éstos costumbres de egoísmo necesario que no se avienen con la franqueza y desinterés propios e indispensables en las tierras abundantes, donde la población escasa permite aún el acercamiento y grata obligación de la vida de familia. El fin de la educación no es hacer al hombre nulo, por el desdén o el acomodo imposible al país en que ha de vivir, sino prepararlo para vivir bueno y útil en él. El fin de la educación no es hacer al hombre desdichado, por el empleo difícil y confuso de su alma extranjera en el país en que vive y de que vive, sino hacerlo feliz, sin quitarle, como su desemejanza del país le quitaría, las condiciones de igualdad en la lucha diaria con los que conservan el alma del país. Es espectáculo lamentable el del hombre errante e inútil que no llega jamás a asimilarse el espíritu y métodos del país extranjero en grado suficiente para competir en él con los naturales que lo miran siempre como extraño, pero que se ha asimilado ya bastante de ellos para hacerle imposible o ingrata la vida en un país del que se reconoce diferente, o en el que todo le ofende la naturaleza inflada y superior. Son hombres sin brújula, partidos por mitad, nulos para los demás y para sí, que no benefician al país en que han de vivir y que no saben benefi-

ciarse de él. Son, en el comercio arduo de la vida, comerciantes quebrados.

Y este peligro de la educación de afuera, sobre todo en la edad tierna, es mayor para el niño de nuestros pueblos en los Estados Unidos, por haber éstos creado, sin esencia alguna preferible a la de nuestros países, un carácter nacional inquieto y afanoso, consagrado con exceso inevitable al adelanto y seguridad de la persona y necesitado del estímulo violento de los sentidos y de la fortuna para equilibrar la tensión y vehemencia constantes de la vida. Un pueblo crea su carácter en virtud de la raza de que procede, de la comarca en que habita, de las necesidades y recursos de su existencia, y de sus hábitos religiosos y políticos. La diferencia entre los pueblos fomenta la oposición y el desdén. La superioridad del número y del tamaño, en consecuencia de los antecedentes y de las oportunidades, cría en los pueblos prósperos el desprecio de las naciones que batallan en pelea desigual con elementos menores o diversos. La educación del hijo de estos pueblos menores en un pueblo de carácter opuesto y de riqueza superior, pudiera llevar al educando a una oposición fatal al país nativo donde ha de servirse de su educación,—o a la peor y más vergonzosa de las desdichas humanas, al desdén de su pueblo,—si al nutrirlo con las prácticas y conocimientos ignorados o mal desenvueltos en el país de su cuna, no se le enseñaran con atención continua, en lo que se relacionan con él y mantienen al educando en el amor y respeto del país a donde ha de vivir. El agua que se beba, que no sea envenenada. ¿A qué adquirir una lengua, si ha de perturbar la mente y quitarle la raíz al corazón? ¿Aprender inglés, para volver como un pedante a su pueblo, y como un extraño a su casa, o como enemigo de su pueblo y su casa? Y eso es el Colegio de Estrada Palma: una casa de familia donde bajo el cuidado de un padre se adquieren los conocimientos y prácticas útiles del Norte sin perder nuestras virtudes, carácter y naturaleza. Eso es el Colegio de Estrada Palma: la continuación de la patria y el hogar en la educación extranjera. Allí no cambian el corazón por el inglés, y entran en la vida nueva del Norte por las virtudes que lo mantienen, y no, como en tantos otros colegios, por los vicios que lo corroen; allí completan su cultura nativa con nuestra lengua y nuestra historia, a la vez que aprenden lo bueno y aplicable de la cultura del Norte; allí se preparan, con el beneficio



de una educación paternal, y de una enseñanza de pensamiento, a estudiar las carreras especiales en los colegios a donde el educando, hecho ya a la libertad trabajadora y decorosa, no cae en la tentación de la libertad descuidada y excesiva; allí es tal vez el noble rincón de monte a donde únicamente pueden nuestros padres mandar en salvo a sus hijos. Y esta es la verdad, y ha de decirse.

*Patria*, New York, julio 2, 1892.

(Problemas raciales.—Inaceptabilidad de discriminaciones raciales.—Todo racismo, sea blanco o negro, es dañino.—En la República no puede haber diferenciaciones de blancos, negros o mulatos; sino tan sólo hombres, cubanos).

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u a otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: “mi raza”; peca por redundante el negro que dice: “mi raza”. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrjala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se aleja de la condición de esclavitud, no acusa inferioridad en la raza esclava, pues-

to que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y a probar que su color no le priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derechos tiene para quejarse del racista negro, que también le vea especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuídos en las especialidades diversas

u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura, por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. Dos racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color, y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no hay nunca guerra de razas. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos y de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español, e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la Isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

*Patria*, New York, abril 16, 1893.

# El Partido Revolucionario a Cuba.

1893.

(La patria es sagrada, y los que la aman sin interés ni cansancio le deben toda la verdad.—¿Qué es el Partido Revolucionario Cubano?—Sus propósitos.—Cuándo, cómo y para qué debe hacerse la revolución emancipadora.—Imprescindible urgencia de la separación de España por la revolución, pues Cuba jamás ha logrado, ni logrará, del Estado español, libertad ni justicia.—La República debe acoger a los buenos españoles que en ella deseen vivir y trabajar sin hostilizarla ni traicionarla y sin pretensiones de predominio o explotación.—Blancos y negros disfrutarán iguales libertades y derechos.—Ideales y organización de la República).

La patria es sagrada, y los que la aman sin interés ni cansancio le deben toda la verdad. Cuando acaba de sorprender a Cuba el alzamiento aislado de un grupo rebelde que sólo pudo durar en el campo el tiempo necesario para que apareciese nula su tentativa, pujante el Gobierno, abandona la idea de la independencia y sufre el influjo de los amigos de la paz, o para que el fracaso aparente de la rebelión aturdiere o desbandase las emigraciones dispuestas a auxiliar la guerra por donde Cuba entre en el goce de sus capacidades y su suelo, cumple al partido de la revolución, censor enérgico de toda rebelión parcial insuficiente, declarar que el alzamiento de Holguín, que a mantenerse en armas habría recibido su ayuda, como cualquiera otro por donde el país mostrase su deseo de ser libre, no obedeció a orden ni consejo del Partido Revolucionario Cubano, creado y regido por el voto de las emigraciones unidas, en un plan hostil al despotismo y el desorden, para allegar todos los elementos de emancipación que existan den-

tro y fuera de Cuba; para impedir que se trastorne el país sin propósito adecuado a sus necesidades y cultura, o recursos bastantes a realizar el propósito; para salvar la guerra, patente en los corazones, de los yerros naturales y corregibles de la primera República, y para ordenar, con anuencia de la Isla, el levantamiento vigoroso y total que cambiará por fin en nación equitativa y trabajadora la colonia desesperada y miserable.

Reciente aún el alzamiento de Holguín, no puede de seguro decirse fuera causa de él la precipitación heroica, sorda a veces a la más cariñosa prudencia, o un ardid del Gobierno de España que, concedor del espíritu de la localidad, la forzó a rebelión antes de que madurase y cundiese, o cualquiera otra causa impenetrable, cuyo resultado único ha sido robustecer en los cubanos del extranjero la fe entusiasta en el plan de orden y extensión con que se ha de intentar la independendencia, y en los de Cuba el respeto a los que de afuera han ligado al país con tan repetidas y sinceras declaraciones en este plan formal, que cuando surgió la rebelión, escasa o misteriosa, reservó sorprendido su concurso, hasta que se les vieran las relaciones a los cubanos alzados, o desapareciese el misterio. Un partido ambicioso, que temiese comprometer con declaraciones francas una popularidad indigna cuando a tal precio se la compra, pudiera aguardar a más amplias noticias, esquivando declaraciones expresas, o alimentar en sus prosélitos impresionables la creencia, útil al entusiasmo, de que fuese suyo el alzamiento de Holguín; pero ni los acontecimientos en que va la vida de los pueblos puedan dejar al azar, a que los comente y trastorne la desidia malévol, o la cobardía disimulada, o el interés venal, o el pavor de los que ven amenazada su bochornosa prominencia o sus satisfacciones pueriles en una sociedad donde el honor anda descalzo y sólo prospera quien se ayuda o beneficia del delito ambiente, o reduce el alto espíritu o el caudal salvo el trato violento con las leyes y las costumbres inmorales; ni desea de auge falso un partido que tiene su poder en el decoro, más potente por reprimido, de los cubanos de la Isla, faltos sólo del auxilio que les pueden llevar sus compatriotas más libres, en el irreductible conflicto del interés urgente de Cuba y la composición colonial de España, y en el espíritu de concordia, superior a toda malicia,

con que depone la ayuda del extranjero ante los cubanos del país, a que disponga él sus formas y poderes, y liga en fusión piadosa y sagaz, esperanza del pobre a la vez que garantía del rico, a los cubanos de más opuestos grados de riqueza y cultura, que ven un verdadero peligro, y síntomas de caquexia moral, en la intentona de crear en un pueblo de América, donde la inteligencia y la aspiración no son patrimonio de una minoría soberbia, una sociedad de categorías que al gozo viril de componer en justicia su pueblo rescatado, prefiera servir de apoyo al opresor que corrompe a su patria, por no abrir sus vidas medrosas a la fatiga de creación del mundo nuevo, ni reconocer a sus conciudadanos todo el derecho que les viene del buen uso de sus capacidades naturales, sello único de la autoridad entre los hombres. Ni a la demagogia ni a la pasión debe su fuerza el Partido Revolucionario, sino al concepto y análisis de nuestros problemas, al propósito de convertir en agencias útiles de errores del pasado, y al cariño y respeto con que junta a los cubanos que en la Isla desesperan sin ayuda ni voz, con los desterrados cuya culpa única será ante la historia aprovechar su libertad del extranjero para auxiliar a su patria inerte. Ni puede el Partido Revolucionario permitir que el ánimo de la Isla, robustecido desde que conoce el plan ordenado de las emigraciones para su independencia, desmaye al creer culpable de ligereza o deslealtad al partido único de que puede esperar su inmediata redención. Cree el Partido Revolucionario que la revolución no se ha de intentar hasta no haber allegado los acuerdos y recursos necesarios para su triunfo; pero sabe también cómo la patria padece y piensa; y si el pundonor o el genio estallan, y los cubanos levantados desafían el poder que una banda atrevida burla felizmente desde hace años, nada podrá sujetar la rebelión que aguarda impaciente—oculta sólo a los que no la desean—en el alma de la Isla, ni el auxilio dispuesto de las emigraciones, que indignadas pasarían sobre quien quisiese negar a los sublevados de Cuba el oportuno amparo. En el desorden del noviciado volverá así a nacer la guerra inevitable; y el deber del partido creado para ayudarla, sería acudir a ella velozmente, a ahorrar sangre, y yerro. Llevará a Cuba su auxilio el Partido Revolucionario; lo pondrá en manos del país, con asombro sin duda de los que sólo esperan grandeza de los hombres cuando conviene a su interés; y

como soldado y ciudadano, no como intrigante ni dueño, seguirá la marcha de los ejércitos libertadores.

¿Qué es el Partido Revolucionario Cubano? España, o la villanía, intentará sin duda propalar contra la declaración expresa, y tanto privada como pública, de los cuerpos del Partido y de sus representantes, que la obra unida de todas las organizaciones cubanas, desde la ciudad poblada a las puertas habaneras con recién llegados de Cuba, hasta los rincones recónditos donde resucita por toda América el valor errante, la obra en que las emigraciones, divididas en la primera guerra, juntan unánimes bajo su representación electa y responsable, los medios de llevar a Cuba el auxilio necesario para que ella establezca, sin presión ni invasión, la república libre, la obra en que los revolucionarios históricos, aún los de fama más personal y agresiva, se congregan con nobleza admirable en una constitución admirable, en una constitución republicana, para ofrecer a la Isla impotente la guerra robusta y respetuosa, la obra que viene a encauzar, después de larga espera y necesarios errores, el pensamiento de guiar la revolución, con pruebas de hecho, de modo que no la tuerzan o mancillen las disensiones o la idolatría por donde padecieron en tiempos distantes las Repúblicas de América; la obra donde trabajan todos los cubanos libres, sin lisonja al vano ni paga al vil, sin reparto inmoral de poderes futuros, sin más autoridad que la que arranca del voto individual en las emigraciones, sin más anhelo que el de procurar a la Isla los medios de lograr en una guerra fácil la posesión de la patria detentada, y el derecho de levantar la frente ante los hombres, no es más, acaso, que la empresa pueril, de un soñador de revoluciones, que tiene atrás, por armada única, una aldea vocinglera. ¡Así puede la maldad pintar ante los cubanos confusos de la Isla la empresa pura y potente en que los cubanos todos de tierras extranjeras se han unido, desde los generales sazonados de ayer hasta la juventud recién llegada de Cuba, para ofrecer de una vez a su patria los medios de ser libre! Si en Cuba hubiese vías actuales, o cercanas al menos, de suficiente mejora; si no desfalleciera visiblemente el carácter personal, base única del bien público, en la existencia de ocultación, mendicidad y bochorno que allí con raras excepciones se vive; si en un plazo racional pudiera esperarse de una metrópoli prudente



la libertad necesaria para entrar a tiempo en el concierto de los pueblos con que ha ligado a Cuba la naturaleza; si no fuese preciso, para hacer a Cuba feliz bajo el Gobierno español, nada menos que la mudanza total e imposible de una nación basada sobre la explotación de las colonias, en un pueblo capaz de sacrificar a la justicia las únicas fuentes de riqueza que nutren sus empresas, remozan sus ciudades, agabelan a sus políticos y sustentan su pueblo inquieto y desocupado, pudiera el ideal sumiso de la emancipación, como pálido recuerdo de perdida gloria, o visión vaga de lo porvenir, ceder sacrificando, ante la libertad, siquiera incompleta, que se podría obtener sin riesgos y sin sangre. Pero cuando, después de la lección suprema de la guerra de diez años, repite y afinca el gobierno vencedor, so capa de falsas libertades que deshonran a quienes mentidamente las invocan los agravios que llevaron a las armas a los que sólo fueron vencidos por su desorden e inexperiencia; cuando la importación continua de la burocracia corrupta e incapaz de España y la protección creciente al peninsular inculto, reducen a la miseria al padre criollo, que en vano busca empleo, salvo con grande y extraño favor, o lo compelen en plena paz al destierro voluntario; cuando la guerra sube silenciosa, hombre por hombre, de cada campesino a quien priva del sustento el soldado que le oprime, de cada obrero a quien desaloja el competidor de la península, de cada desheredado que trabaja de peón en la comarca donde su padre desposeído murió por la libertad, de cada mérito, vencido sin lucha, en la guerra sorda del peninsular predatorio contra el cubano maniatado; cuando la guerra, impalpable, por su misma verdad y extensión, puede venir a ser, por punible desidia, el consorcio de la rebelión novel y un auxiliar burdo e interesado, urgente es que, en el general descuido, vele el Partido Revolucionario para que el país, que se rinde al azar, con la guerra en el alma, halle abierta a su hora la vía de la emancipación. ¿Quién, si no, lo salvará de la política concesionaria, que nunca llegará, aun en sus mayores triunfos, hasta privar al peninsular en Cuba de su supremacía, y dejará languidecer al país, fuera de su aptitud y de su época, bajo la liga inmoral y satisfecha de los beneficiarios españoles y un número exiguo de beneficiarios cubanos, servidos, de cerca o de lejos, por los que de España se valen como de barrera contra la igualdad, triunfante ya por todo el universo, de los

derechos humanos? ¿Quién, si no, salvará a Cuba de la revolución vengativa o despótica?

No existe, pues, el Partido Revolucionario como el tesón ilegítimo de ideólogos marciales, por más que siempre se ha de considerar de mejor ley procurar el bien de un pueblo en la libertad de sus moradores que sirven de instrumento al opresor incapaz del pueblo en que se nació; sino que es el Partido—fruto del profundo estudio de las fuerzas y vicios de nuestra revolución—la liga espontánea y unánime de las emigraciones cubanas, en un plan de sufragio y responsabilidad madurado y aprobado por todas, para atesorar el caudal de la guerra de la independencia, y librarla desde sus arranques de misterio y capricho que suele, después de la más santa rebelión, pagar el pueblo incauto con el gravamen injusto de la hacienda, o la merma, cuando no la ruina, de sus libertades.

No desea el Partido Revolucionario, desconociendo el carácter humano y las elecciones de la guerra, ocultar por pasión o ignorancia los peligros de la lucha en Cuba, no mayores que aquellos de que pueblos semejantes se salvaron en época pasada e inferior, y preferible siempre, dado lo fácil del remedio en suelo propio, a los males incurables y crecientes que lo provocan; pero el Partido aprende a confiar en la historia serena, que relaciona los detalles y los juzga por la ley que los rige y por su composición final y benéfica, en la historia que concede a los pueblos el derecho de balbucear, previo al de hablar, y otorga a los hombres a la vez el don de errar, y el de arrepentirse.

No ignora el Partido Revolucionario las dificultades y obstáculos de la guerra de independencia contra el último poder de España en América y los esfuerzos que aun puede hacer su autoridad caduca en la nación que con la colonia pierde su primer sostén, y en la Isla, en que le falta ya el corazón, antes engañado, de los españoles que hoy en gran número prefieren la desaparición del Gobierno que los esquilma a asesinar su propia libertad en el pecho de sus hijos. Y el Partido, sin prisa ni ilusión, allega los recursos indispensables para poner, sobre la colonia expulsada, la República en donde puedan vivir en paz cubanos y españoles.

No intenta el Partido Revolucionario una guerra de invasión, que cayese sobre la Isla hostil a ensangrentarla sin su anuencia, o

se arrogase la facultad que en el trastorno del país reside principalmente—fuera del título igual de la indignación, fuera del clamor del hijo huérfano y el corazón privado de todas sus raíces, fuera del derecho de todo ser humano a recobrar la patria en que no puede vivir con honor, fuera de la potestad de todo hijo de Cuba a rebelarse en ella contra el Gobierno que la estanca y corrompe—en aquellos que pudieran tener por escasa la fuerza de la Isla en que habitan, ante el poder de cuya venganza no sufrirían, sin embargo, más que los que, dueños ya en el extranjero de su libertad individual, no hallan paz en ella, sino que la usan para ir a conquistar la de sus hermanos. No es que la emigración intrusa quiera llevar a Cuba la guerra que condene el país, y a la que no podrían oponer la moratoria de una independencia más lejana los que con sus actos la estorben y desmientan, y empleen en su descrédito el favor que deben a su tácito culto; ni es que un cayo de cubanos ínfimos, de los menos letrados y vistosos, usurpen a la mayoría residente de la Isla el poder de decretar la hora y carácter de la revolución: es que los cubanos, libres en el destierro de la desconfianza y espionaje que impedirán a Cuba siempre el ordenamiento de la guerra, cumplen con su obligación, todos a la vez—haciendo afuera lo que el país no puede hacer dentro—de allegar las voluntades y recursos necesarios para conquistar la independencia que desea la Isla. El Partido Revolucionario puede disponer, y dispone, la guerra que Cuba, ceñida del mar y celada por la traición, no puede preparar por sí; pero si la patria desoyera su ofrecimiento, y le echara atrás el brazo, el Partido Revolucionario acataría la voluntad de la patria.

Con honradez igual habría hablado el Partido a las emigraciones, a haberse podido convencer de que la Isla se negaba a la guerra; y si por la respuesta a su investigación respetuosa no tuviera conocido el asentimiento del país, el Partido, no se habría considerado con causa para existir, porque la más noble pasión debe ceder el puesto a las realidades que la hacen inoportuna o imposible. Los cubanos expatriados, por justo que fuera su móvil, no tendrían el derecho de organizarse para una guerra que la Isla rechazara, pero como en Cuba es unánime el deseo de la independencia, y poco más que unánime la convicción de que una guerra de unidad y de recursos, que no tiene hoy por qué durar y dividirse como la primera, derribaría fácilmente a un adversario

cuya única fuerza está en la conformidad de los que se le pudieran oponer, el Partido existe, seguro de su razón, como el alma visible de Cuba, harto crecida para no desear empleo a sus fuerzas y sobrado prudente para lanzarse a empresas temerarias. No pudiera el Partido Revolucionario, que congrega en su seno a cubanos de las más apartadas residencias, ostentar a las puertas de Cuba tal vigor, si la continua comunicación con ella no le trajese un germen de entusiasmo comparable a la flojedad que le vendría de la opinión contraria. En vano España, o la villanía, tacha de réprobos, o poco menos, a los cubanos emigrados que a costa de sus vidas y haciendas ofrecen a la patria, apta ya para la libertad, los medios de conquistarla, sin pedirle más premio que el honor de haberla servido como hijos, en vano se preocuparía hacer recaer sobre las emigraciones de hoy, unidas de antemano para armar y ayudar sin tasa al ejército de la revolución, la censura que la emigración de ayer, culpable sólo de confusión primeriza, mereció por su falta aparente de auxilio en la guerra anterior. Porque no ayudaron, se censura a aquélla, y no se ha de censurar a éstas porque ayudan. Recién venida de Cuba es la mayoría de las emigraciones de hoy, y a los cubanos constantes del primer destierro ha unido su ímpetu la generación actual; asociaciones hay en el Partido Revolucionario formadas por los desterrados voluntarios de uno y otro pueblo de Cuba, y alguna hay, de expatriados recientes, en que está el pueblo todo: pueblos enteros han emigrado en estos años últimos de miseria e hipocresía de aquella vida; con entrañables voces saluda la Isla agradecida a los que limpian la vía de la guerra de los riesgos de desorden, localidad o mando flojo o excesivo que en los largos ocios que le permitió la emigración pausada, minaron y rindieron la guerra primera. Defrauda a Cuba quien le describa las emigraciones como resto enconado de la pasión de otros días, en vez de loar el espectáculo de un pueblo que en los errores de la primera tentativa ha aprendido la disciplina y tolerancia esenciales al triunfo: defrauda a Cuba quien describa las emigraciones de hoy, donde los más humildes oficios se igualan en grandeza a las altas fortunas, como cohorte de voceadores que va detrás de un empírico revolucionario. Las glorias todas de la guerra, libres en el extranjero, están en el Partido Revolucionario Cubano; en él los jefes de ayer, desagaviados con la fructuosa unión de las emigraciones, fraternizan, soldados todos, con los que

antes, en su noble impaciencia, tenían por pocos amigos. Unense en el voto, a elegir su representación, doctores y obreros, fabricantes y mecánicos, comerciantes y generales. Junto al íntegro Presidente de nuestra República, espera ansioso, puesto a la mesa de una industria humilde, el bachiller descontento de su inútil diploma; y el hijo de padre ilustre no cree tener cedido su derecho de cubano porque nació de seno valeroso en los montes libres, y no pudo vivir en su tierra, satisfecha con menos honor. Ni a los cubanos de ayer se ha de negar el derecho de opinar sobre su país, porque sangraron por él diez años en la guerra; ni a los cubanos de hoy, porque en busca de asilo para sí y salvación para la patria, cruzaron hace poco el mar. Los emigrados, sin más anhelo que el de servir a sus compatriotas impotentes, ordenan la rebelión que no pueden ordenar ellos, la salvan de los peligros que pudiera hacerla temer, y, en el instante en que la isla desvalida parece a punto de abandonar su porvenir a la revuelta sin concierto o las tinieblas de la nada, aprontan la guerra unánimemente con que el país puede lograr su libertad. El decida.

La separación de España es el único remedio a los males cubanos. Redundancia fuera describir el estado del habitante de la Isla, criollo o peninsular, bajo el gobierno que distrae de la producción del país el tesoro con que lo tiraniza, y cobra en las innumerables formas del soborno un presupuesto silente, más dañino por la inmoralidad que fomenta que por los caudales que acapara. La consideración de hermanos, que se han de guardar siempre los hijos de un mismo país, y la esperanza legítima en el reconocimiento final de su error, aconsejan dejar a su propia censura los actos de prolongada conformidad de los cubanos que han fallado en entender que el único problema real de Cuba está en el conflicto entre la aspiración del cubano a regir su propio suelo, y la incapacidad en que España estará siempre, por su resguardo e interés, de entregarle con el gobierno del país los privilegios en que mantiene a fuerza de armas a la población peninsular. Sin implicar que en el día de la República sean lastimados en su derecho de hombres nuestros padres peninsulares, condueños de la Isla por nuestro nacimiento, bien puede decirse que todo el caso político de Cuba está en la lucha por el predominio entre el cubano y el español. De sobra habrá siempre en tierra tan despoblada y rica

espacio para el español trabajador, y el comercio legítimo de la península tendrá mercado constante en nuestras costumbres; pero debe cesar con la independencia del país, modo único de obtenerlo, la injusta exclusión de los cubanos de las vías todas de la vida, en provecho del español favorecido. Pasea arrogante el necio o el aventurero por las calles donde solicita empleo en vano el mérito criollo, y expira el cubano insigne a los pies del politicastro tahir, el gozoso militar y el juez comprado. La necesidad fatal habitúa al criollo a la dependencia, y aun a la gratitud indebida, del español que posee lo más de la riqueza pública. O se come el pan con manchas, o no hay pan que comer. Buscan los políticos de la paz en leyes lentas de elecciones—leyes de perpetua servidumbre bajo la máscara de sus formas, que a lo sumo no vendría a ser más que modos perfectos de suplicar a un interés contrario—el remedio a la perversión creciente y al desahucio de los naturales. Empléanse en servir al gobierno desmoralizador, con pretexto de combatirlo, las fuerzas que debieran emplearse en ordenar los ánimos para la defensa. Vive en minoría medrosa o complaciente, encarada a la patria deshecha, en las delicias del acomodo o la calma de la dejadez. Los mismos campesinos que aparecen armados en defensa de España, confundiendo con esta fidelidad monstruosa todas las bases de la moralidad, más cargan armas por quitarle el oficio al guardia español, harto caro en los campos a sus protegidos, y para salvar las propiedades que el Gobierno no le puede defender. Se cae la patria a pedazos. Fatigado el espíritu y sin salida visible a tanta angustia llega el cubano, solo en su vergüenza, o satisfecho, en la contemplación de su virtud inactiva, a oír indiferente el clamor de su alma propia, como el presidiario de más blandas entrañas oye por fin sin temblar los alaridos del infeliz a quien las varas, al son de la música, desgarran las carnes desnudas. En vano se pedirán a un dueño armado e imperioso las leyes que han de arrebatarle la prosperidad y el poder.

Pero está la separación de España y Cuba, para bien final de España misma, impuesta por más alta razón que la de sus intereses encontrados, la burla del derecho criollo y la postergación del país; y es la del espíritu y fin diversos de ambos pueblos, y su grado distinto en la composición social. Cuba, amaestrada en la guerra, la expatriación y la estrechez misma de sus hijos en la

Isla para desarrollar la riqueza de su suelo y el vigor de su mente, más servido que herido por la mezcla de sus razas, es un pueblo superior, como entidad contemporánea, a pesar de su heterogénea y peculiar formación, a la nación española, que con su pueblo inerte en su organismo feudatario, vuelve, bajo el remedio superficial de las formas políticas extranjeras, a la verdad, retrasada por siglos, de sus nacionalidades originales y diversas, fuente lenta y única de su reconstrucción, cegada en el arranque de la independencia contra el moro para alzar sobre ella la unidad que mantuvo, más que la misma religión triunfante, el botín deslumbrador de las Américas. Sobre las Américas quedó constituida la nación española, maleando desde la raíz su forma nueva con el azar y el ocio; y fuera de los siervos pegados al terruño, o los mercaderes que del descubrimiento habrían de aprovechar, buscó en las aventuras americanas y sus oficios lucrativos un rendimiento más pingüe que el del solicitante remendado en la corte obscurecida de capas y sotas. Con el subsidio colonial quedó desde el nacer viciada la monarquía española, que quebraba su forma inútil antes que pueda desprender de la constitución nacional—basada en el tributo de las colonias—el hábito y necesidad de dependencia de los empleos y comercios impuestos, para sostén de la península holgadora, a los países americanos. Desprovista España de trabajo real y directo con que nutrir su población emigrante, su milicia larga y levantisca, su numerosa magistratura, su gentío universitario y burocrático, la excedencia toda de una monarquía que desaparece sin realizar la unidad para que fué creada, echa hoy sobre Cuba—sin tiempo, modos ni voluntad de sustituir sus bases coloniales—el peso que antes repartía por el continente, y no aligeran siquiera las industrias que con el ímpetu del siglo le han ido naciendo, y en el trato con Cuba tienen su sostén forzado y principal. Cuba, en tanto, enclavada entre ambas Américas, en el crucero del porvenir, ve a sus puertas al mundo hervir y mudarse, los canales abrirse, el comercio de sus frutos crecer en manos libres, ligarse por tierra y mar con sus únicos mercados los pueblos de su misma producción y clima, mientras sus hijos, dotados con especial favor por la naturaleza, disciplinados en la guerra y la expatriación para el gobierno propio, y en las sorpresas de la suerte y la larga escasez para el trabajo, unidos, a pesar de sus simientes de odio, por la evidencia de su mérito común y su impetuosa aspiración a la cul-

tura, desfallecen en impuesta ociosidad, atados a un pueblo elemental y lejano, cuya subsistencia depende de sus colonias sofocadas. El porvenir feliz de uno de los países ventajosos del mundo en la época más propicia de la libertad y el trabajo de los hombres se estanca, aislado en el progreso veloz, y se pierde, acaso para siempre, por mantener a un Gobierno que ofende y empobrece a sus súbditos, por abastecer la población ávida del pueblo que lo oprime, y por orlar de palacios las calzadas de Barcelona y Santander. No puede Cuba dispuesta ya para el progreso libre en el mundo americano, seguir de peatón de un pueblo europeo, reino oscilante o república militar, que retrograda, tras siglos estériles de holganza y tiranía, al período de fomento de sus nacionalidades rudimentarias.

La independencia, sin embargo, pudiera temerse, si de ella hubiesen de venir peligros mayores que la ruina y disgregación que la hacen deseable, o si crease conflicto alguno que no fuera, en cualquier forma, político, natural e inevitable desenvolvimiento de la sociedad cubana, capaz, con el simple trato equitativo entre sus miembros, de convertir en grande fuerza nacional los elementos que sólo podrían hacer peligrosos la arrogancia y la injusticia. Son suma los pueblos de las aptitudes de sus hijos; y Cuba habrá de ser—con el ímpetu de la libertad, la exención súbita de sus tributos onerosos, la conversión al peculio nacional de los caudales que hoy paga el vicio y la tiranía, y el retorno de los cubanos hechos a la dificultad y la creación en la aspereza del destierro—conjunto robusto de la laboriosidad, moderación y empuje de que en el mismo país oprimido, y en los pueblos más agrios de la expatriación, ha dado muestra, humilde o culto, el eriollo cubano. Llega Cuba a la vida de América, por sus hábitos de trabajo, disciplina liberal, extensas peregrinaciones, mejoras modernas, aspiración pública y feliz geografía, con elementos muy distintos por cierto del patriciado indolente, las constituciones postizas o teocráticas y el campo inculto e inaccesible que estorbaron, con conflictos en su mayor parte ajenos a Cuba, el desarrollo, en una época sin luces y sin vías, de las primeras repúblicas americanas. En la guerra y en los primeros años de la paz tuvieron los Estados Unidos, puestos a menudo de ejemplo inimitable ante oyentes crédulos, los mismos celos, traiciones y desdenes, las mismas disidencias, rebeldías y conflictos, las mismas intrigas, cábalas y crímenes que



podieron haber afeado nuestra guerra, o nos afearán la República mañana. De padres de Africa ignorantes y sencillos han nacido en el país gran número de cubanos, tan aptos por lo menos para el arranque original y productor de un pueblo naciente, como aquellos de color más feliz que en la desgracia y el trabajo no hayan purgado su sangre de soberbia y molicie; pero el amor engendrado entre unos cubanos y otros en los diez años de guerra, el lazo natural que para siempre liga al cubano esclavo con el que lo rescató de la servidumbre, los méritos de trabajo, orden y generosidad por donde el liberto, en condiciones desiguales, se ha mostrado tan capaz y bueno como su señor antiguo, y el adelanto rápido y afanoso de los cubanos redimidos, más que los casos patentes de cultura extraordinaria, son hechos de influjo social superior, para la paz y asiento del país, a la inquietud que pudiera causar el deseo vehemente de salvar las vallas que en todo color se dejan al fuero privado, o la negación sistemática y ofensiva del alma igual del liberto, y del respeto público que se ha de tributar a sus derechos, talentos y virtudes.

Pudiera también el que quisiese alejar de la Isla el estudio, en todos los pueblos crecientes, de los problemas de la sociedad contemporánea, ver con temor innecesario las garantías más firmes de la paz, que son el debate franco de las aspiraciones del hombre, siempre al fin conformadas a la realidad y a su naturaleza, y el deseo brioso de toda especie de mejoramiento, por donde los pueblos se salvan de la anemia y de la tiranía. Sólo la opresión debe tener el ejercicio pleno de las libertades, y apenas hay espectáculo más noble que el del hombre descontento de la iniquidad del mundo, ni almas más puras que las que, adórnenlas o no fortuna o letras, buscan sedientas el alivio del dolor humano. Ancha es la tierra en Cuba inculta, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con buen sistema de tierras fácil en la iniciación de un país sobrante, Cuba tendrá casa para muchos hombres buenos, equilibrio para los problemas sociales y raíz para una república que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa y de trabajo. El español, por su parte, sin ver que es padre nuestro, ni meditar en la hermandad de aspiraciones que une al cubano rebelde a los abusos de sus dueños, y al peninsular que de ellos padece como él, podría temer el desborde de un odio que jamás se asiló en pechos cubanos; pero

será vano su miedo, porque de Cuba sólo se ha de desarraigar el gobierno que le affige y el vicio que la pudre, no el hombre útil que respete y ayude sus libertades; y si la pasión quisiese vengar en las cabezas inocentes los crímenes del Gobierno vencido, habrá sobrados pechos que se pongan de escudo entre el inocente y la venganza.

La impericia republicana, natural en las mismas clases cultas de un pueblo donde el deseo tímido adquiere en el estudio literario la noción de la libertad que todo niega alrededor, puede inspirar en los cubanos teóricos el miedo de trastornos que no espera quien en lo real de las repúblicas haya aprendido que el peligro de ellas no está tanto en la muchedumbre aspiradora, que en su libertad y cultura corrige al ascender su propia vehemencia, como en la altivez y vanidad que ignoren que el reconocimiento constante y sincero de los derechos naturales es salvaguardia única y suficiente de las más complejas sociedades humanas. Sólo ese desasosiego del cubano colonial, a quien la preocupación y dependencia de su vida predisponen a desconocer las pruebas de acuerdo y vigor ya en su pueblo visibles, pudiera, unido al pánico inmotivado del español pudiente, buscar la salud de Cuba en el ingreso limosnero a una nación que debió a la sangre de los combates su libertad, que de su territorio ya distribuído ve desbordarse sobre la presa de los pueblos débiles su población agresiva y codiciosa, y que no ha sabido resolver para sí el problema mismo de que se irían a refugiar en ella los cubanos. Ni el español que defiende sus empresas y tiendas ha de querer, mientras sean hombres de razón, abrir la Isla a la horda avarienta que con el favor político y poder de la riqueza monopolizada barrería de Cuba el comercio español; ni el cubano que teme, sin causa visible, el predominio de los libertos en la República, ha de procurar la anexión a un país que, por los labios mismos de su Presidente mártir, tiene escogida a Cuba como la tierra propicia para variar en ella la población liberta que embaraza a los Estados Unidos. En vano desconocen los cubanos imprudentes que el respeto conquistado por la propia emancipación, y el comercio libre, son los únicos medios de mantener la paz cordial entre la colonia que sale convulsa e inexperta de un gobierno tiránico, y la nación adelantada e impaciente que en el conflicto de los caracteres y los métodos arrollaría en la anexión las fuerzas

que estimará, y llegará a amar, en el goce del comercio pleno que se le ha de abrir con la independencia.

En este desconcierto de ideas y voluntades, en que la Isla sin rumbo desespera de la demanda nula de la autonomía, irrealizable sin la previa mudanza de la íntima y terca naturaleza de la nación española, o fía a la idea vaga de una anexión inconveniente, sin orden que la pida, ni pueblo que la oiga, el remedio premioso a la descomposición del país, o duda de aspirar a la independencia, por el temor de la poquedad o desorden de la guerra que la ha de obtener, los cubanos que tienen la voz libre en tierras extranjeras, recogiendo en un plan de acción continua las lecciones todas de la expatriación y la primera República, se unieron en la organización que, por su acatamiento al país, el estudio y vigilancia de los peligros desatendidos, y su misión única de llevar a la Isla desvalida los medios necesarios a su redención, no viene hoy sin títulos, con motivo de un suceso que pudiera ocasionar juicios confusos, a explicar su obra de previsión y de cariño, bajo el nombre del Partido Revolucionario Cubano. Vergüenza de sus promovedores, y culpa de los que no los pudiera remediar, el mismo éxito, serían las de aumentar los males de la Isla con la amenaza de la guerra insuficiente para el fin que se propone, o compuesta en la pasión y seguridad, con los peligros que suelen ser precio harto caro de la más anhelada victoria. Si Cuba necesita de un guardián celoso contra la guerra incauta, contra la exaltación del entusiasmo ignorante por un demagogo terco, contra la tiranía embozada a veces bajo el servicio aparente de la libertad, contra la desidia satisfecha que se pone de valla a la obra laudable de sacar a la patria de su postración, ese guardián celoso es el Partido Revolucionario. Digno del amor y la confianza de Cuba, él pide a cubanos y españoles que aceleren su parte de labor para fundar en la Isla un pueblo de verdadera libertad, seguro para sus moradores, respetable para quien pudiera codiciarlo, amparado del desorden por la práctica de la justicia, y apto para ocupar, cuando aun es tiempo, su puesto de lucro y honor entre los pueblos trabajadores de América.

Con la reverencia de la primera República en el alma, y su espíritu mismo de sacrificio y abnegación, trabajan sin reposo los cubanos expatriados, desde las aldeas indígenas de América hasta su ciudad más populosa, no por recobrar a mano armada una tie-

rra donde la mayoría de ellos pudiera vivir en la paz infecunda, sino por ayudar con su peculio y con sus vidas a crear un pueblo moral y feliz, antes que pase por sobre él el mundo presuroso, en la tierra, sembrada de héroes, donde el cubano no puede ni vivir con honra ni aspirar a la felicidad. El amor sensato a las libertades públicas, la natural tristeza de ver sumisa y en riesgo de mortal abatimiento a nuestra propia sangre, y el indomable anhelo de restituir el decoro de otros días al pueblo que hoy se desmigaja en el período más vergonzoso de su esclavitud, unen en conmovedor desinterés a los héroes constantes de la guerra, fieles a Cuba como a una madre, a los expatriados que prefirieron a la zozobra colonial el rudo y útil ensayo en las tierras afines del carácter que han de probar luego en su suelo propio, y a los que con el ímpetu de la nueva indignación, huyen de Cuba día tras día, y de la miseria y el bochorno, dan a la revolución naciente, el fuego angélico e ímpetu incontrastable de 1868. Cuba ha de amar, Cuba no puede aborrecer a estos jefes, sobrados ya de gloria, que por defenderle su libertad volverán a dejar solas sus casas, sin más amparo que el que les quisiera dar su pueblo agradecido; a estos hijos acaudalados, que del seguro de tierras extranjeras, acuden con su tesoro a conquistar a su país el bienestar de que ellos ya disfrutaban; a estas admirables masas cubanas, levantadas en el destierro a rara cultura, que de un jornal infeliz sacan porción principal para dar patria libre a los que la desconocen y desdeñan. Por la emancipación de la Patria trabaja el Partido Revolucionario; por la concordia de los hijos de Cuba que pudieran luego ensangrentarla con sus odios; por extirpar, desde la guerra inicial, los peligros que amenazasen a la República; por levantar una nación buena y sincera en un pueblo que habría de parar, si se le acaba el honor, en provincia ruinoso de una nación estéril o factoría y pontón de un desdeñoso vecino. El expone ante los pueblos de la tierra la razón y conveniencia de la emancipación de Cuba, y su ansia de entrar a trabajar en el mundo moderno; él proclama y prueba los méritos de orden y virilidad del carácter cubano; él despierta el respeto de los que pudieran acelerar con su ayuda la santa obra, o estorbarla con su esquivez; él, con el reconocimiento cordial de todos los derechos, prepara a la patria el goce pacífico de su cultura y su riqueza; él continúa en el pueblo cubano la unión sublime de almas que comenzó en la guerra; él, con el respeto a

Cuba y con su asentimiento, prepara, libre de ambiciones, la guerra que Cuba anhela, y en su servidumbre no puede preparar. El Partido Revolucionario ofrece a Cuba su parte hecha de la revolución por la independencia: el país sabrá si en esta oportunidad de ser libre, rechaza la oportunidad, y continúa esclavo.

El Delegado del Partido Revolucionario,

*José Martí.*

*Patria*, New York, mayo 27, 1893.

# Otro Cuerpo de Consejo.

1893.

(Interés y finalidad hispanoamericanistas e internacionalistas de la obra político-revolucionaria de Martí.—La Independencia de Cuba y Puerto Rico, clave de la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispanoamericana).

Sin lisonja, sin solicitud, sin llamamiento exaltado al patriotismo, sin el reparto inmoral de la autoridad vanidosa, sin más móvil que el voluntario de la fe sensata en los métodos de amor, energía y prudencia del Partido Revolucionario Cubano, se han ido creando, con la fuerza de lo que nace de sí mismo, los Cuerpos de Consejo, o asambleas locales de los clubs por donde el Partido Revolucionario Cubano, funge en armonía y mutuos respetos durante esta época de preparación, y deja sentadas para mañana las costumbres de autoridad local dentro de la obra común, que asegurarán a la guerra el auxilio continuo, y libre de querellas, de las emigraciones. Ni una carta se ha escrito, ni una súplica se ha hecho, ni un encargo expreso o disimulado, para crear, no ya un Cuerpo de Consejo, sino un solo club; todo lo que existe es hijo de la razón libre de los cubanos escarmentados y observadores: todo es espontáneo.

Y más que en ninguna parte ha sido el Partido Revolucionario Cubano cuidadoso de esta libertad local en los países de América, donde por los compromisos oficiales del gobierno, o por olvido piadoso y extemporáneo de la mala obra de España en nuestro continente, pudiera la actividad cubana, en los límites breves de un pueblo menor, parecer ingratitud o intrusión a los países que han abierto a los cubanos los brazos, y cuya alma real, sea culaquiera el parecer, es de todos modos nuestra. El mejor modo de hacerse servir, es hacerse respetar. Cuba no anda de pedigüña por el

mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América. Pero la sustancia no ha de sacrificarse a la forma, ni es buen modo querer a los pueblos americanos crearles conflictos, aunque de pura apariencia y verba, con su vieja dueña España, que los anda adulando con literaturas y cintas, y pidiéndoles, bajo la cubierta de academias felinas y antologías de pelucón, la limosna de que le dejen esclavas a las dos tierras de Cuba y Puerto Rico, que son, precisamente, indispensables para la seguridad, independencia y carácter definitivo de la familia hispano-americana en el continente, donde los vecinos de habla inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico. Pero ¿a qué hablar a nuestra propia familia de interés?: por el clamor de su corazón ama ella y ayuda a los cubanos, y porque el pueblo libre de América que censurase hoy a las Antillas su voluntad de ser libres, se negaría el derecho todo de su propia historia. No son los pueblos de América como los ricos viles que nacieron de la pobreza y se olvidan luego de que fueron pobres. No hay caterva más fétida que ésta de los desagradecidos que se abochornan de su origen, y niegan a los demás el auxilio que ellos en su día estuvieron a punto de pedir: debieran ser polvo, estos hombres ingratos, polvo y hoja mala, a que se los llevase el viento: no es nada menos que un criminal quien ve pobreza, y puede ayudarla, y no la ayuda. Sobre cada un hombre debe pesar la carga de todo el universo: y así, el universo familiar responde a su hora al hombre. Los pueblos que salieron de la servidumbre, por voz que les viene de la raíz y por razón de honor y vida, no afligirán a los que luchan por salir de ella.

. . . . .

*Patria*, New York, agosto 19, 1893.

# **El Tercer Año del Partido Revolucionario Cubano. El Alma de la Revolución y el Deber de Cuba en América.**

**1894.**

(Internacionalismo de la labor político-revolucionaria de Martí.—Genial visión política del futuro de América después de la apertura del Istmo de Panamá.—Cómo y por qué era un mundo lo que estaba equilibrando, y no sólo dos islas las que iba a libertar.—Trascendental significación de las Antillas en el porvenir político y económico de la América hispana).

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual—, la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada, de pensamiento activo, a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación, libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver



confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado,—por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que lo ejerciten,—y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

. . . . .

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, sí, aunque entendiésemos los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aun mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el cruce-ro universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no

es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante. No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres,—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora,—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio,—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles,—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no tan sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un

pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión: y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

*Patria*, New York, abril 17, 1894.

# Los Pobres de la Tierra.

1894.

(Pobres y ricos.—Martí buscó, para realizar su labor revolucionario-eman-  
cipadora, no a los poderosos ni a los ricos, sino a los oprimidos, a los  
pobres, a los obreros, a los trabajadores, a quienes llama hermanos  
queridos y con ellos hace causa común).

Callados, amorosos, generosos, los obreros cubanos en el Norte, los héroes de la miseria, que fueron en la guerra de antes el sostén constante y fecundo, los mozos recién venidos del oprobio y de la aniquilación del país, trabajaron, todo el día Diez de Octubre, para la patria que acaso los más viejos de ellos no lleguen a ver libre; para la revolución cuyas glorias pudieran recaer, por la soberbia e injusticia del mundo, en hombres que olvidasen el derecho y el amor de los que les pusieron en las manos el arma del poder y de la gloria. ¡Ah, no, hermanos queridos! Esta vez no es así. Ni se ha adulado, suponiendo que la virtud es sólo de los pobres, y de los ricos nunca; ni se ha ofrecido sin derecho, en nombre de una república a quien nadie puede llevar moldes o frenos, el beneficio del país para una casta de cubanos, ricos soberbios o pobres codiciosos, sino la defensa ardiente, hasta la hora de morir, del derecho igual de todos los cubanos, ricos o pobres, a la opinión franca y al respeto pleno en los asuntos de su tierra; ni con otra moneda que con la del cariño sincero, y el amor armado en el decoro del hombre, y la viril fiereza de quien no se tiene por varón mientras haya en la tierra una criatura mermada o humillada, se compró esta vez esa fe tierna de los hombres del trabajo en la revolución que no los lisonjea ni los olvida.

No se ha bajado a la tiniebla; ni se ha adulado, cobarde, en la hora de la necesidad, a los que, en la verdad del seco corazón, se

desdeña y aleja, o se mira como poco mientras no se necesita su ayuda; ni han apretado manos en la sombra la demagogia y la venganza. Para salvar a la patria de crímenes se ha madurado el alma pura de esta revolución: no para cometerlos. Pero el cubano obrero, dispuesto ya para la libertad por su fatiga de hombre acorralado, y por la idea creadora que en la vida real ha desenvuelto, en vez de desatarse en inventivas, al amparo del cadalso español, contra los que, de una vez por todas, quieren, con la unión de las fuerzas posibles, sacar del cadalso en que está al honor de Cuba, y del destierro en que en su propio pueblo viven, a los cubanos; en vez de morder las manos de los libertadores, y besar las manos de los déspotas a quienes aborrecen; en vez de ayudar, en lengua escarmentada, al Gobierno que en sus mayores desarrollos jamás consentiría, por su naturaleza e incapacidad política, y por las necesidades de sus hijos sobrantes o viciosos, la plena vida americana indispensable a Cuba para que no se le interponga y la reemplacen sus competidores libres; en vez de negarse a dar de sus manos el socorro que en las vueltas de la preocupación desconozca acaso mañana, en la hora del triunfo de la República, a los que para ponerle al hombro un arma más, privaron a su casa, en un mes triste, del pan, o del vino pobre, o del abrigo de la criatura, o de la medicina; en vez de esto, decimos, el cubano obrero bajó la cabeza sobre el trabajo el día de los héroes, y en el tesoro de la justicia y del honor humano, echó con las manos fuertes su óbolo sin nombre.

¡Ah, hermanos! A otros podrá parecer que no hay sublime grandeza en este sacrificio, que cae sobre tantos otros. Que el rico dé de lo que le sobra, es justo, y bien poco es, y no hay que celebrarlo, o la celebración debe ser menor, por ser menor el esfuerzo. Pero que el que, a puro afán, tiene apenas blancas las paredes del destierro y cubiertos los pies de sus hijos, quite de su jornal inseguro, que sin anuncio suele fallarle por meses, el pan y la carne que lleva medidos a su casa infeliz, y dé de su extrema necesidad a una república invisible y tal vez ingrata, sin esperanza de pago o de gloria, es mérito muy puro en que no puede pensarse sin que llene de amor el corazón, y la patria de orgullo.

Sépanlo al menos. No trabajan para traidores. Un pueblo está hecho de hombres que resisten, y hombres que empujan: del acomodo, que acapara, y de la justicia, que se revela; de la sober-

bia, que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo; de los derechos y opiniones de sus hijos todos está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una clase sola de sus hijos; y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible, a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado. En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas de la independencia, la victoria a que en sus continuas renovaciones y lucha perpetua entre el desinterés y la codicia y entre la libertad y la soberbia, no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano. Pero no será ésta, no, la revolución que se avergüence—como tanto hijo insolente se avergüenza de su padre humilde—de los que en la hora de la soledad fueron sus abnegados mantenedores. Bello es, aunque terrible, después de bárbara batalla, ver huir por el humo, a los ruidos deshechos de la derrota, el pabellón que simboliza el exterminio de una raza de hijos a manos de sus padres, y el robo al mundo de un pueblo que puede ser bello y feliz. No menos bello, ni de menos poder, el día Diez de Octubre, era ver trabajando sin paga a los cubanos obreros todos a la misma hora, todos recién salidos de sus tristes hogares, por la patria, ingrata acaso, que abandonan al sacrificio de los humildes los que mañana querrán, astutos, sentarse sobre ellos. Bello era ver, a una misma hora, tantos corazones altos, y tantas cabezas bajas.

¡Ah, los pobres de la tierra, esos a quienes el elegante Ruskin llamaba “los más sagrados de entre nosotros”; ésos de quienes el rico colombiano Restrepo dijo que “en su seno sólo se encontraba la absoluta virtud”; ésos que jamás niegan su bolsa a la caridad, ni su sangre a la libertad! ¡Qué placer será—después de conquistada la patria al fuego de los pechos poderosos, y por sobre la barrera de los pechos enclenques, cuando todas las vanidades y ambiciones, servidas por la venganza y el interés, se junten y triunfen, pasajeramente al menos, sobre los corazones equitativos y francos—entrarse, mano a mano, como único premio digno de la gran fatiga, por la casa pobre y por la escuela, regar el arte y la esperanza por los rincones coléricos y desamparados, amar sin miedo la verdad, aunque no tenga mantel para su mesa, levantar en los pe-

chos hundidos toda el alma del hombre! ¡Qué placer será la muerte, libre de complicaciones con las injusticias del mundo, en un pueblo de almas levantadas! Callados, amorosos, generosos, los cubanos obreros trabajaron todos a la vez, el Diez de Octubre, por una patria que no les será ingrata.

*Patria*, New York, octubre 24, 1894.

# **En Casa. La “Revista Literaria Dominicense”.**

**1895.**

(Su concepto de patria: Humanidad, aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer.—Deberes para con la patria).

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto; y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo; y no es manera de alzar el conjunto el negarse a alzar una de las partes. Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambroñas, ni porque a estos pecados se de a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca. Esto es luz y del Sol no se sale. Patria es eso. Quien la olvida vive flojo y muere mal, sin apoyo ni estima de sí, y sin que los demás lo estimen; quien cumple, goza, y en sus años viejos siente y trasmite la fuerza de la juventud; no hay más viejos que los egoístas; el egoísta es dañino, enfermizo, envidioso, desdichado y cobarde. En Santiago de Cuba vive ahora, en inseguro refugio, el dominicano Manuel de Jesús Peña, a quien llama un diario santiaguero, con ra-



zón, “maestro celosísimo, abnegado periodista, fundador afortunado, diputado integérrimo y ministro sin tacha”, lo cual quiere decir que es hombre de veras, porque ha amado y sacó la honra salva de la tentación del mundo. Pudiera el anciano Peña, allá en la “medianeza comedida” en que vive, descansar en infructuoso silencio de su vida de idea y de batalla; pero él sabe que es ladrón, y no menos, quien siente en sí fuerzas con que servir al hombre y no le sirve. Estos cómodos son ladrones; son desertores, son míseros, que en el corazón del combate huyen y dejan por tierra las armas. El anciano Peña quiere que le conozca mejor el país en que nació y en que los cubanos se ven como en casa propia, porque ambas sangres han corrido juntas contra el mismo tirano; y a ese fin publicará en Santiago la *Revista Literaria Dominicana*, que ya todos encomian y saludan. A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América. Lo demás es podre hervida y dedadas de verano.

*Patria*, New York, enero 26, 1895.

# Carta a Rafael Serra.

1895.

(Su antiracismo.—El negro es su hermano.—Martí, hombre: todo bondad y cariño, de grande y nobilísimo corazón).

Serra queridísimo:

Por donde quiera que yo ande, hablo de Vd., hablo con Vd., espero en Vd., coraza contra toda maldad, flor de toda ternura, y hermano mío. Esté yo aquí o allá, haga como si lo estuviese yo siempre viendo. No se canse de defender, ni de amar. No se canse de amar.

Un beso a Consuelo.

Su

Martí.

Enero 30, 1895.

# Carta a su Madre.

1895.

(Martí hombre: jamás salió de su corazón obra sin piedad y sin limpieza.—  
Hijo ejemplar.—Su concepto del deber).

Madre mía :

Hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí.

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

Montecristi, 25 marzo, 1895.

# Carta a Federico Henríquez y Carvajal.

1895.

(Necesidad de hacer buenas, con el ejemplo, las prédicas y las enseñanzas.—  
Conciencia y alcance de su responsabilidad.—Cómo debe amarse y  
servirse a la patria: nunca triunfo, sino agonía y deber.—Arte de buen-  
gobierno.—Su hora.—Internacionalismo de su labor político-revolucio-  
naria.—Lo que representan las Antillas en la vida política del Conti-  
nente.—La patria antillana).

Amigo y hermano:

‘Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con

una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriedo—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma,irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí,

al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mi, ya es hora. Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de Vd., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y le deajo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: ¡hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

José Martí.

Montecristi, 25 marzo, 1895.

# **El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. (Manifiesto de Montecristi).**

**1895.**

(Carácter y finalidad de la guerra emancipadora.—Actitud de la revolución y de la futura República para con los españoles.—Causas de los trastornos hispanoamericanos.—Cómo ha de constituirse, organizarse y desenvolverse la República.—Cooparticipación en la misma, con iguales derechos y deberes, de blancos y negros.—No puede pensarse en peligro negro alguno.—La República cubana: una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo.—Trascendencia internacionalista de la revolución emancipadora).

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber—sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la República constituida—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aun hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable por ir firmada por la muerte que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo, ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la República, su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. En la guerra



que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo de la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y teóricas de Hispano América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo y localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el curso del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma Isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas

laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país; la administración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la República justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aun invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte, de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer de la libertad. Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires y de guerreros su-

bordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicualemente levantar por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quien se convirtiera en injusticia con los demás de piedad por los suyos—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aun reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generosos—la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la República a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano

saluda en la muerte al español y a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la República, será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra.

¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución?

¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más siente impulso a veces de unírseos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogiera alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen del interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollo sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia?

¿Encontrarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos.

En las formas en que se dé la revolución, concedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de República, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América y la de sus primeras nacionalidades ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país, maneras tales de gobierno, que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, y permitan, en vez de entrabar, el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propias nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no lo conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una República traba-

jadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; comprender el molde natural, la realidad de las ideas que producen y apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de los resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: esos son los deberes, y los intentos, de la Revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva República.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unión, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación creciente de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la República moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las ri-

quezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!

A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ella. Y al declarar así, en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

*José Martí.*

*M. Gómez.*

# Carta a Manuel Mercado.

1895.

(Internacionalismo de su obra político-revolucionaria.—Verdadera y alta finalidad de su labor emancipadora.—Su conocimiento y enjuiciamiento de Norteamericana.—Contra la anexión a E. U.—Contra la autonomía bajo España.—Espíritu de la revolución libertadora).

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895.

A Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.



Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato yanqui—que no será—con garantía de las aduanas, hartamente empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte;—incapacitado afortunadamente, por su entabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución,—el desorden, desgano y mala paga del Ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba.—Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dió a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos.—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el Gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará.

la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré.—Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el General Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pié por espinas y alturas, mi morral y mi rifle,—alzamos gente a nuestro paso;—siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil almas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dió, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez suscita y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la República, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el

estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es ésta y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad.....(\*)



---

(\*) Martí dejó interrumpida esta carta, según se supone, por la llegada del general Bartolomé Masó al campamento, no siéndole posible terminarla.

# Indice.

	<u>Págs.</u>
Un Ideario Cubano de José Martí, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	7
El Tratado Comercial entre los Estados Unidos y México...	19
A aprender en las haciendas .....	23
Escuela de Artes y Oficios.....	26
Maestros ambulantes .....	28
Carta al General Máximo Gómez.....	33
El Presidente Arthur.....	37
Roscoe Conkling.....	49
Vindicación de Cuba.....	59
Carta a Gonzalo de Quesada y Aróstegui.....	66
Madre América.....	70
Nuestra América.....	79
La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América...	89
Bases del Partido Revolucionario Cubano.....	98
Cayetano Soria.....	101
El Colegio de Estrada Palma en Central Valley.....	104
Mi raza.....	108
El Partido Revolucionario a Cuba.....	111
Otro Cuerpo de Consejo.....	128
El Tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El Alma de la Revolución y el deber de Cuba en América.....	130
Los Pobres de la Tierra.....	134
En Casa. La "Revista Literaria Dominicense".....	138
Carta a Rafael Serra.....	140
Carta a su Madre.....	141
Carta a Federico Henríquez y Carvajal.....	142
El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. (Manifiesto de Montecristi) .....	145
Carta a Manuel Mercado.....	154